LUIS FERNANDEZ DE SEVILLA

LA CASA DEL OLVIDO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL

Estrenada en "Coliseum" la noche del 2 de abril de 1935

PRIMERA EDICION

Printed in Spain

ARTES GRÁFICAS
SUCESORES DE RIVADENEYRA, S. A.
MADRID

LA CASA DEL OLVIDO

LUIS FERNANDEZ DE SEVILLA

LA CASA DEL OLVIDO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL

Estrenada en "Coliseum" la noche del 2 de abril de 1935

PRIMERA EDICION

Printed in Spain

ARTES GRÁFICAS
SUCESORES DE RIVADENEYRA, S. A.
MADRID

DEDICATORIA

A Lola Membrives, a quien tanto tiene que agradecer nuestro Teatro, en España y fuera de España, con sincera admiración,

LUIS F. DE SEVILLA

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Hermana Consuelo	Lola Membrives.
María de la O	Elena Cortesina.
Doña Agata	Isabel Zurita.
Madre Petronila	Carmen Díaz.
Hermana Cruz	Guillermina Soto.
Esperanza	Magda Rotger.
Madre Superiora	Margarita Larrea.
Pepa	Cándida Losada.
Rosarito	Carmen Alonso de los Ríos.
Jacinta	Conchita Ramos.
Isabel	Pastora Peña.
Fernanda	Anita Giraldo.
Reyes	Lola Berrio.
Serafín	Alejandro Maximino.
Don Fernando	Luis Peña.
Padre Sebastiàn	Francisco López Silva.
Señó Juan	Germán Cortina.

En las proximidades de Sevilla. Epoca actual.

ACTO PRIMERO

Patio de una comunidad de religiosas en las proximidades de Sevilla. Cierra el fondo una tapia de regular altura, con una puertecilla en el centro, tras la que asoman las copas de algunos árboles. A la derecha, claustro gótico que se pierde en primero y último término y al que se asciende desde el patio por un par de escalones de piedra. La izquierda la constituyen dos arcos de la misma arquitectura que el claustro. Arriates y macetas con rosales trepadores, enredaderas, claveles, etc. Epoca actual. Primavera. Las seis de la tarde.

Sentadas en dos bancos de madera, enfrentados a distancia conveniente para poderse hablar de uno a otro sin elevar la voz, están JACINTA, ISIDORA, ISABEL y PEPA. Otro grupo, formado por ESPERANZA, REYES y FERNANDA, pasea por el fondo en animada charla. Cuidando de ambos grupos, e interviniendo cuando es preciso en sus conversaciones, se halla la CELADORA CRUZ. Ninguna de las muchachas ha llegado aún a la mayoría de edad. ESPERANZA es la más jovencita: catorce o quince años.

JACINTA. Mi dedá habrá seguío er mismo camino que el hilo colorao.

ISABEL. Y er mismo de mi *estijera*.

JACINTA. Er que siguen toas las cosa que aquí se evaporan: er camino de los dátile. (*Ríen.*)

PEPA. ¿Por qué se fijái en mí? ¿Es que vi a tené yo la curpa de lo que se pierde?

JACINTA. De lo que se pierde, no; de lo que no se encuentra.

PEPA. (*Con indignación.*) ¿A ti no te han dao en la cara?

C. CRUZ. ¡Vamos, vamos! ¿Es que no sabéis hablar más que riñendo?

PEPA. Es que...

C. CRUZ. Háblese de otra cosa.

ISABEL. Celadora Cru: yo no me meto en nada, como usté ve.

PEPA. Sí; tú no has roto nunca un plato; por eso está aquí.

ISABEL. Estoy aquí por una equivocasión.

JACINTA. Como toas nosotra

PEPA. Que te equivocaste, y en ve de irte a tu casa te fuiste a la de tu novio. (*Risas.*)

C. CRUZ. ¡Silencio! Esas conversaciones sabéis que están prohibidas en este santo lugar. Aquí se viene a olvidar el pasado, a corregirse, a ser buenas.

JACINTA. ¿Y de qué vamos a hablá, seladora Cru?

C. CRUZ. De la vida de aquí dentro.

PEPA. Pues vamos a hablá muy ma.

C. CRUZ. ¿Cómo se entiende? Si no te corriges tendré que ponerlo en conocimiento de la hermana Consuelo.

ESPERANZA. (*En su paseo con quienes ya se indicó.*) ¿Se enterastei del ruido que hubo anoche por ahí? ¡Una de gritos y porraso!

REYES. ¿Revolusión quisá?

ESPERANZA. Eso pensé yo, y me dije: ¡Mira que si asartaran ahora er convento!

C. CRUZ. (*Reconviniendo.*) ¡Esperanza!

ESPERANZA. ¡Hay unos anarquista más guapo!

C. CRUZ. ¡Niña! (*A todas.*) ¿Por qué no jugáis a las prendas? No sabéis aprovechar las horas de recreo.

REYES. (*Sentándose, así como Esperanza y Fernanda, con las demás compañeras.*) ¡De jugá vamos a tené ganas con lo que se trabaja aquí!

PEPA. Yo me he planchao hoy una canasta de ropa que era un camión. Hasta cueyos de briyo. Mira la sera. (*Saca de un bolsillo un pedazo de cera virgen.*)

C. CRUZ. ¿Y por qué te has quedado con eso?

ISABEL. Por quedarse con algo.

PEPA. No, hija; distrasión.

C. CRUZ. Trae. (*Se lo quita.*)

ISABEL. ¡Qué costumbre! A una servidora la pone nerviosa. (*Suenan unos golpes en la puerta del fondo.*)

C. CRUZ. Marchad con el otro grupo.

JACINTA. Debe se señó Juan.

C. CRUZ. Por si acaso no fuera. Decidle a la madre Petronila que venga con la llave. (*Las muchachas hacen mutis todas por el fondo. Vuelven a sonar los golpes.*) ¿Quién?

SEÑÓ JUAN. (*Dentro.*) ¡Ave María Purísima!

C. CRUZ. Sin pecado concebida. Ahora vienen a abrir, señor Juan.

SEÑÓ JUAN. (*Idem.*) No hay priesa, no hay priesa.

M. PETRON.ª (*Por la derecha con un gran manojo de llaves.*) Tengo los pies reventados y no paro en todo el día.

SEÑÓ JUAN. ¿Y por qué anda usté con los pie? (*A la llegada de* MADRE PETRONILA *la celadora Cruz hace mutis por donde lo hizo el grupo.*)

M. PETRON.ª (*Abriendo la puerta y volviendo a cerrarla cuando entre* SEÑÓ JUAN.) Calla, hijito, calla. Bien has podido venir por la otra puerta.

SEÑÓ JUAN. ¡Menudo arrodeo! Santas y buenas tardes.

M. PETRON.ª Buenas nos las dé Dios.

SEÑÓ JUAN. ¿Cómo se las arregla usté pa está siempre quejándose, madre P?

M. PETRON.ª Que no me quites letras, Juanito.

SEÑÓ JUAN. Si es que eso de Petronila es tan largo.

M. PETRON.ª Pues ya me suprimen bastante, porque yo soy de la Santísima Trinidad y del Dulce Nombre de María.

SEÑÓ JUAN. ¡Pues anda, que si sacara usté sédula! Se la iban a tené que estendé en un royo de pianola. (*Ríe.*)

M. PETRON.ª ¿Cuándo vas a tener formalidad?

SEÑÓ JUAN. Cuando cumpla los cuarenta.

M. PETRON.ª ¿Por segunda vez?

SEÑÓ JUAN. (*Riendo.*) ¡Ole; eso tie ange! ¡Viva las monja con salero!

M. PETRON.ª No me adules.

SEÑÓ JUAN. Usté no entra en la gloria, madre.

M. PETRON. ¿Por qué no?

SEÑÓ JUAN. Porque usté se queda con San Pedro de ausiliá.

M. PETRON.ª ¡Calla, herejito!

SEÑÓ JUAN. (*Mirando hacia la derecha.*) La hermana Con.

M. PETRON.ª Consuelo, hombre, Consuelo. ¡Qué afán de abreviar los nombres! Cuando salgas vete por la otra puerta, hijito; no des la latita.

SEÑÓ JUAN. Está bien, madre P.

H. CONS.º (*Por el claustro.*) ¿No traes a tu hija?

SEÑÓ JUAN. Dentro de un rato vendrá. Acaba de salí de la fábrica y se está arreglando una mijiya.

H. CONS.° Ya sabes que no me gusta que se componga para venir aquí.

SEÑÓ JUAN. Quiero desí lavándose la tisne der trabajo.

H. CONS.° Ayer no vino.

SEÑÓ JUAN. No, señora. Se ganó su regaño. Es la inconsensia. No sabe apresiá en lo que vale el interé de ustede. Me tie argo dijustao.

H. CONS.° No hay motivo. Rosarito es dócil.

SEÑÓ JUAN. Desde luego. Pero la farta de una madre...

H. CONS.° ¿No dices que la suplimos nosotras?

SEÑÓ JUAN. Sí, señora. La tranquilidá mía es que ustede la aconsejan y que aquí pue ve el ejemplo, mirando a esas desgrasiá, der pago que da la vida a quien no anda con er paso muy seguro. ¡Lo que yo le agradesco esto a la madre su y a toas ustede!

H. CONS.° Bien, bien.

SEÑÓ JUAN. Si yo tuviera er talento que usté pa podé desí en verso cosas tan bonita, ¡qué coplas más agradesía iba a sacá de mi cabesa!

H. CONS.° Déjate de coplas. ¿Has buscado ya el mozo que te hace falta?

SEÑÓ JUAN. Tengo a la mira dos o tre. Er que más convenga...

H. CONS.° ¡Cuidado, Juan! Un hombre aquí, aunque sea en la huerta, ha de ser elegido con mucho detenimiento.

SEÑÓ JUAN. No se apure usté, hermana, que der que yo escoja respondo. Yo hubiera querío pasá sin esa ayuda, pero ar comprá er cacho de terreno que se ha unío a la güerta ha aumentao mucho la labó.

H. CONS.° Así lo entendemos.

SEÑÓ JUAN. Y si entoavía no hubiera que yevá la hortalisa a la plasa...; pero er carro da mucho trajín.

H. CONS.° Conforme. ¿Quieres ver a la madre superiora?

SEÑÓ JUAN. Quería darle cuenta de argunas cosiya.

H. CONS.° Pues anda.

SEÑÓ JUAN. (*Indeciso.*) Sí, ahora. Pero...

H. CONS.° ¿Qué te pasa?

SEÑÓ JUAN. Que no me sé i sin desirle a usté una cosa, hermana Con; Rosarito..., Rosarito creo que tiene novio.

H. CONS.° (*Riendo.*) Bien, hombre. Todas las que se casan

lo tienen. ¿Pensabas tú quizás que tu hija fuese monja?

SEÑÓ JUAN. ¿Es que no ve usté en esto un peligro?

H. CONS.º Yo, no. Tú puede ser que lo veas: el peligro de quedarte solo. Si el muchacho es bueno...

SEÑÓ JUAN. Cuando le haya roto un garrote en la cabesa se lo diré a usté.

H. CONS.º ¡Ave María!

SEÑÓ JUAN. Si es bueno, ¿por qué se esconde?

H. CONS.º Por eso del garrote, seguramente.

SEÑÓ JUAN. ¿Y usté qué me aconseja?

H. CONS.º Vigilar, pero sin nada en las manos. ¿En qué se gana la vida? ¿Qué es el muchacho?

SEÑÓ JUAN. Novio; hasta ahora no sé que sea más que novio.

H. CONS.º Eso tiene poco sueldo. Entérate, entérate y no te enfades por adelantado. Tú fuiste novio de tu mujer.

SEÑÓ JUAN. Aquéyos eran otros tiempo.

H. CONS.º Pero no se ha pasado la moda, hombre.

SEÑÓ JUAN. Conforme. Dele usté un repaso a la niña cuando venga, haga usté er favó.

H. CONS.º Anda con Dios y vete tranquilo.

SEÑÓ JUAN. (*Haciendo mutis por la izquierda.*) ¡Que quiera yevársela un granuja con sus mano lavá!... (*La hermana Consuelo se asoma a la izquierda y llama con unas palmadas a las chicas. Estas irrumpen seguidamente por dicho lado, con demostraciones de alegría, acompañadas de la celadora.*)

JACINTA. ¡Ay, qué bien, hermana Consuelo!

ISABEL. Con usté no nos aburrimo.

ESPERANZA. Como que es la simpatía con toca.

REYES. ¡Viva la hermana Consuelo!

TODAS. ¡Viva!

H. CONS.º ¡Vamos, vamos!

PEPA. Usté vale por toa la comunidá. Si usté estuviera en er mundo, ¡cuarquiera le echaba la pata! ¡Iba a se una mujé de bandera!

C. CRUZ. ¡A ver qué respeto es ese!

H. CONS.º No se enoje; cada una expresa sus sentimientos como sabe. El pecado no está en la expresión, sino en la intención, y ahora la intención es buena. Puede usted atender a otros quehaceres. (*La celadora hace una reverencia y se va por el claustro.*)

JACINTA. Hermana. ¿Nos dirá usté versos de eso tan bonito que hase?

ESPERANZA. Un cuento, que los sabe muy grasioso.

H. CONS.° (*A Fernanda.*) ¿Tú no pides nada?

PEPA. A ésta no la hase hablá ni un pisotón.

ISABEL. Verdá; no he visto mujé más triste.

REYES. Ni má sosa.

H. CONS.° Vamos; un poco de piedad.

FERNANDA. Yo quisiera que me dejaran sola.

H. CONS.° Eso es lo que menos te conviene. La soledad es buena compañera cuando el arrepentimiento ha entrado en nuestra alma; cuando se desea para recrearse en el recuerdo de nuestros errores es un mal deseo.

FERNANDA. ¿Y por qué tengo que dejar ver mi pena a quienes no la entienden?

JACINTA. ¡Qué grasia! Penas tenemo todas las que estamo aquí; las que nos arrepentimo y las que no. A toda nos ha pasao arguna desgrasia.

ISABEL. Meno a una servidora, que está aquí sin debé está. Por guiñá, ya ve usté madre qué tontería; por guiñá mucho.

H. CONS.° ¡Qué costumbre más fea!

ISABEL. Me se pegó de un tío mío que era relojero.

FERNANDA. Mi pena no es la de ustede. Mi desgrasia es mayó.

H. CONS.° Aun las hay mayores, Fernanda. Procura olvidar; procura sentirte niña, a ratos, como tus compañeras, porque como niña pecaste, y no debes dejar que el pecado te haga mujer en el dolor. Si esta casa es para el arrepentimiento y la penitencia, también lo es para el consuelo y el olvido.

Por un camino de zarzas
voy llorando mis pesares;
cuando vuelva arrepentida
darán flores los zarzales.

ESPERANZA. ¡Eso, eso, hermana! ¡Qué bonito!

H. CONS.° Ven acá tú, vieja recortada. Acércate.

ESPERANZA. (*Obedeciendo.*) ¿Me va usté a reñí?

H. CONS.° Voy a mirarte de cerca a los ojos a ver si leo tus pecadillos.

ESPERANZA. Yo yevo ya muchos día que no doy que hasé nada; que diga la seladora.

H. CONS.º (*Cogiéndole la cara y mirándola.*) ¿A ver? Es verdad. En esta semana no has roto un plato.

ESPERANZA. ¡Cuarquiera los rompe! Son de hojalata. Ademá, que a mí me gusta ser seria.

H. CONS.º ¡Miren la señora de respeto. (*Las otras chicas ríen.*) ¡Y que hayan tenido que meterte aquí!

ESPERANZA. Porque tengo corasón, eso e; porque tengo corasón y estoy enamorada. ¿Es malo eso? ¿Es motivo para que me ensierren?

H. CONS.º Cuando se desobedece a los padres, sí. Te trajeron en evitación de peores males, doña rebelde.

ESPERANZA. ¡Es que nos amamos tanto!

H. CONS.º ¡Niña!

ESPERANZA. Pero santamente, hermana. Como si él fuera un fraile y yo una monja.

H. CONS.º ¡Hija, que no sabes lo que te dices!

ESPERANZA. ¿Es malo? Mire, hermana buena: él se escapaba de los escolapio y yo de mi casa y nos íbamo a paseá por el barrio de Santa Cru, a la lu de la luna. cogidos de la mano, ¡suspirando, suspirando!...

H. CONS.º ¿Pero dónde has leído eso, romántica inocente?

ESPERANZA. Yo...

H. CONS.º A callar. Vuelve a tu sitio. ¡Qué imaginación! ¿Ibas mucho al cine?

ESPERANZA. (*Sentándose.*) Sí, hermana. En er sine lo conosí.

H. CONS.º ¡Basta! A pensar en otra cosa.

JACINTA. Dígano usté un verso, hermana.

PEPA. Pero que sea suyo.

H. CONS.º Mal eliges, hija mía. En fin, allá va mi última "chalaúra", como decimos en esta tierra. Se titula "Gratitud gitana".

REYES. ¡Ole! ¡Ole!

ISABEL. ¡Cáyate!

H. CONS.º En la capillita de la vieja iglesia,
donde está la Virgen del Carmen sagrada,
muy de mañanita
entró la gitana.
Se había vestido
lo mejor del arca:
el traje de seda, los buenos zapatos,
el mantón de flecos con rosas bordadas,
su cruz de oro al pecho,
sus gruesas tumbagas

y sus peinecillos
y sus arracadas.
Cayó de rodillas
y le habló a la Virgen con estas palabras:
"Grasia, Vigensita, porque me has dao un hijo;
un chavá tan guapo como yo soñaba.
¡Toma si es bonito! No hay flo que le iguale;
si no te ofendiera te lo comparaba
con ése que tienes riyendo en los braso,
como ríe er mío, que se le ve al arma.
Er tuyo es rubito, es er so der sielo;
er mío es moreno, er so de la Cava.
Chatiyo, chatiyo, lo mismo que er pare.
¡Con unos ojaso! ¡Con unas pestaña!
No te lo he traío pa evitá custione,
Virgen soberana.
Pero estoy a tu amparo tan agradesía
que no sé que haserme pa darte las grasia.
Resarte y resarte me parese poco.
Comprarte unas vela a ti que regala
las luse der sielo, que son las mejore,
no tiene importansia."
Y quitando el mantón de sus hombros,
una primavera de flores bordadas,
con sonrisa de madre dichosa
de la Virgen lo puso a sus plantas.
"Toma, Vigensita, pa que no te orvíes
der churumbeliyo que tengo en mi casa."

JACINTA. ¡Ay, qué bien!

ESPERANZA. ¡Qué bonito!

PEPA. Le regala er mantón porque tiene un hijo. ¡Ya lo creo! Y lo sarsiyo y er corasón le doy yo a la Virgen.

H. CONS.° (*A Fernanda.*) ¿Pero qué es eso; estás llorando?

FERNANDA. (*Disimulando sus lágrimas.*) ¡No! ¿Pero por qué no me dejan sola?

M. SUPER.ª (*Que salió hace un momento por la primera izquierda.*) Hermana Consuelo.

H. CONS.° Ordene.

M. SUPER.ª Descanse un momento de esa obligación. (*Aparece en el claustro la* CELADORA CRUZ. *La hermana Consuelo le indica con un ademán que aleje de allí a las muchachas, y ella, en humilde actitud, se aproxima a la superiora, quien espera a que el grupo haga mutis para empezar a hablar.*)

Es la segunda vez, hermana Consuelo, que tengo que reprenderla por la misma causa, y su desatención va siendo ya pecado de desobediencia. No es con versos profanos como puede encauzarse por el camino del bien el alma de estas desgraciadas.

H. CONS.° Mis versos...

M. SUPER.ª Tienen más del mundo de lo que es conveniente. Sus lecturas, hermana Consuelo, no son tampoco las que conviene a una religiosa.

H. CONS.° Recuerde su maternidad que me ha autorizado para leer a los grandes poetas.

M. SUPER. A los místicos. (*Mostrando un libro.*) Este no lo fué.

H. CONS.° ¡Bécquer!

M. SUPER.ª Ni otros libros de autores profanos que he encontrado en su celda.

H. CONS.° Madre: misticismo lo hay en todos los poetas, porque quien no canta a Dios canta a su obra, que es lo mismo.

M. SUPER.ª Machado, Villalón, José Carlos de Luna... ¿Cómo entran esos libros aquí?

H. CONS.° Como entra el aire y el sol; son trozos de Andalucía y vivimos en medio de sus campos; de estos campos de nuestra tierra, madre superiora.

M. SUPER.ª Vuelvo a preguntarle cómo entraron esos libros aquí.

H. CONS.° Me los trajo el padre Sebastián cuando recité "La misa mayor del padre Miguelito", que tanto agradó a su maternidad.

M. SUPER.ª Cierto. Si todas las poesías de ese autor fueran como esa...

H. CONS.° En todas se ensalza la grandeza de Dios.

M. SUPER.ª Calle, calle. No trate de convencerme.

H. CONS.° Obedezco.

M. SUPER.ª Entre otras razones porque podría conseguirlo; que también en mi espíritu hallan eco esos poetas.

H. CONS.° (*Con alegría.*) ¡Madre!

M. SUPER.ª Esto último no lo he dicho, hermana Consuelo.

H. CONS.° No lo he oído, madre superiora.

(*Pasa por el claustro, en dirección al fondo y acompañada de la* MADRE PETRONILA, MARÍA DE LA O. *Se trata de una muchacha espléndida, reciente víctima de sus errores. Viste colores llamativos. Es una figura escandalosamente guapa. Lle-*

va la cabeza caída sobre el pecho, como si no se diera cuenta de dónde está.)

M. SUPER.ª Ya llegó la ovejita que esperábamos.

H. CONS.º De Cádiz. ¡Pobre muchacha; conducida como un malhechor!

M. SUPER.ª Ordenes de los padres. (*Se dirige al claustro y hace mutis por el fondo.*)

H. CONS.º ¡Qué crueldades tiene a veces el cariño!

ROSARITO. (*Por la derecha, con alegría.*) ¡Hermana Consuelo!

H. CONS.º ¿A ver, a ver? (*Tras examinarla.*) Así me gusta: limpieza, pero no coquetería.

ROSARITO. Yo hago siempre lo que usted me manda por dos razones: porque me gusta hacerlo y...

H. CONS.º Sobra lo de tu padre.

ROSARITO. Eso iba a desí. Ha entrao una ahora, ¿verdá?

H. CONS.º ¿Por qué lo sabes?

ROSARITO. Porque he oído a la madre Encarnasión que estaba renegando der perfume que ha dejao ar pasá. Dise que a esa niña han debío sarvarla de una arriá de agua de colonia.

H. CONS.º No hay que ser curiosa, Rosarito; por la curiosidad se pierden muchas almas. Hablemos de ti. ¿No tienes nada que decirme?

ROSARITO. ¿Yo? Nada.

H. CONS.º Por la mentira también se pierden muchas. ¿Qué es tu novio?

ROSARITO. Mi..., mi... no..., no...

H. CONS.º ¿Tartamudo?

ROSARITO. No, hermana Consuelo; que habla que da gusto oírlo.

H. CONS.º ¿Y por qué me lo quieres ocultar?

ROSARITO. Si ya se lo pensaba desí más adelante.

H. CONS.º ¿Cuando te casaras?

ROSARITO. Cuando vensiera la vergüensa.

H. CONS.º ¿De qué? ¿Tú consideras que el tener novio es vergonzoso?

ROSARITO. Como mi padre dise que soy muy joven pa eso...

H. CONS.º No, no te has retrasado mucho. Pero yo entiendo que los novios son como los dientes: se tienen cuando salen, y no salen cuando somos viejos.

ROSARITO. Así mismito se lo voy a sortá a mi padre hoy.

H. CONS.º ¡Oye, oye: que yo no quiero reñir con tu padre!

ROSARITO. ¡Qué va a reñí! ¡Si es usté la simpatía andando! ¡Más campechana! ¡Más barbiana!...

H. CONS. ¡Para, para! Ahora oye unos consejos y apréndetelos de memoria.

ROSARITO. Lo que usté me dise a mí lo escribo yo en el arma y luego le echo la yave.

H. CONS.º Pues apunta, que yo, aunque monja, tengo razón para saber del mundo más que tú: un novio es como una flor que hay que oler desde lejos, flor de reja afuera, como la novia es para él flor de reja adentro. ¿Me entiendes? La reja se hizo para los amores castos, por eso tiene cruces, y un amor que respeta las cruces de la reja alcanza ante el altar la bendición de Dios.

ROSARITO. La entiendo, hermana. Pero ¿cuándo podré yo hablá con mi novio por la reja? ¡Con el oído que tiene mi padre!

H. CONS.º No, no; es que yo no te aconsejo que hables sin su permiso.

ROSARITO. En quinse día hemos hablao dos vese. ¡Dos vese, hermana! ¡Y eso estando yo en la asotea y él detrá de un arbo, a la entrá der güerto! Asín hemos tenía que hablá.

H. CONS.º ¡Oye: habrá sido con banderas!

ROSARITO. Casi, casi, porque yo le hasía las seña con la funda de una armohá y él me contestaba con el arbo.

H. CONS.º ¿Con el árbol?

ROSARITO. Sí; pa desirme que me quería mucho se abrasaba al arbo.

H. CONS.º ¡Jesús! ¿No sería para referirse al bastón de tu padre?

ROSARITO. No me lo nombre usté.

H. CONS.º (*Dirigiéndose a la izquierda.*) Acompáñame, anda.

ROSARITO. Como usté mande. ¡Aunque a mí me da un respetiyo andá por ahí dentro...

H. CONS.º Pues debe darte más respeto andar por ahí fuera. (*Hacen mutis por la primera de dicho lado. Vuelve por donde se fué el grupo de las muchachas vigilado por la* CELADORA CRUZ.)

JACINTA. ¿Vas a negarme que era guapa?

PEPA. Pero con peca, que se las he visto ar pasá.

ESPERANZA. ¡Hija, Dio te conserve la vista!

PEPA. ¡Qué vestío más bonito trae!

REYES. ¡Cuándo vorverá a ponérselo!

ISABEL. ¡Ay, el mío! Ese sí que era presioso. El día que salga le voy a tené que hasé un arreglo...

JACINTA. ¡Anda, que no habrá cambiao la moda er día que tú sarga!

P. SEBAST. (*Sexagenario, por la izquierda.*) Vamos a ver, vamos a ver: ¿qué se dice en el rebaño? Buenas tardes no dé Dios.

TODAS. (*A una.*) Santas y buenas.

P. SEBAST. Muy bien, muy bien ensayadito. En la próxima novena cantaréis muy a tono. (*A la celadora Cruz.*) Qué. ¿Cómo se portan?

C. CRUZ. Regular, padre.

P. SEBAST. Ya es adelantar algo en el camino de la enmienda. Portarse regular indica deseos de quererse portar bien. Vaya, os habéis ganado el caramelo de costumbre. (*Sacando de la sotana un puñado de caramelos y eligiéndolos. A Reyes.*) Para ti de rosa. (*Se lo da. A Jacinta.*) Para ti, malvavisco. (*A Pepa.*) Para ti..., no; a ti no te conviene éste: piña. Ahí va. (*Reparte entre las demás el resto.*) Yo os pido que hagáis méritos para que os podáis marchar pronto, entre otras cosas porque cada día tengo que aumentar el presupuesto de los caramelos.

PEPA. ¡Ay, padre! ¿Cree usté que me fartará mucho?

P. SEBAST. ¿Para qué?

PEPA. Pa salí.

P. SEBAST. Pregúntatelo a ti misma. Eso depende de tus actos. ¿Dónde está la que no ha hecho nada?

ISABEL. Yo, yo.

P. SEBAST. He tenido carta de tu padre. Ya sabes que nos conocemos.

ISABEL. ¡Ay!

P. SEBAST. ¿No te alegras?

ISABEL. Si está muy enfadao...

P. SEBAST. Luego, con permiso de la madre superiora, te la leeré.

ISABEL. Dígame usté algo. ¿Está bien?

P. SEBAST. Sí. Creo que pregunta si se te ha pasado la costumbre de guiñar. (*Risas.*)

ISABEL. Pues dígale usté que ya no guiño aunque me entre humo en los ojo.

P. SEBAST. ¡Así, así! Creo que pronto estarás a su lado. Vaya, que seáis buenas.

C. CRUZ. Vaya con Dios, padre Sebastián.

TODAS. (*A una.*) Vaya con Dios.

P. SEBAST. (*Riendo y marchándose por el claustro.*) ¡Qué coro, qué coro!

ISABEL. (*Con alegría.*) ¿Habéis oído? Voy a salí pronto.

PEPA. ¿Y cuándo vas a vorvé a entrá?

ISABEL. ¿Quién, yo? ¡Ay, lo que yo he aprendido en los do mese que yevo aquí.

(*Sale* MARÍA DE LA O *por la derecha, primer término, y se detiene, con aire desafiador, mirando a uno y otro lado como fiera acorralada. No parece la misma que vimos cruzar por el claustro; sus cabellos peinados hacia atrás, el sencillo uniforme, que le afea, y la ira que contrae sus facciones la han transformado en otra mujer. Tras ella, y a prudente distancia, viene la* MADRE PETRONILA, *que cruza la escena y hace mutis por el lado opuesto. Las muchachas observan en silencio a la recién venida y luego cuchichean entre sí.*)

M. DE LA O. (*Encarándose con los grupos.*) ¿Qué pasa? ¿Qué chismorreái? ¡Borrega!

C. CRUZ. Ovejitas del Señor querrás decir.

M. DE LA O. ¿Qué más da? Se encuentran a gusto en este rebaño. No tenéi ustede vergüensa.

C. CRUZ. Ven, acércate. En estas horas de recreo puedes hablar con tus compañeras.

M. DE LA O. No me hase farta. Lo que quiero es que me dei mi ropa, mi sapato, mi sarsiyo. ¿Por qué me los quitái? Son mío. Lo he ganao yo, yo. No le deben a nadie na. (*A una.*) ¿Te vas a reí?

C. CRUZ. ¡Cuidao! Aquí no se puede amenazar.

M. DE LA O. Pue abrirme la puerta. Yo no quiero está aquí; yo no he hecho na pa que me traigan a esta carse. Si he dispuesto de mi cuerpo, mi cuerpo es mío, como lo sarsiyo que me habéi quitao. ¡Quitarme a mí!... Porque me se echaron tre ensima, ¡que si no! ¡Mardita sea! (*Va a romper a llorar.*)

C. CRUZ. Vamos, cálmate. Aquí no estarás tan mal como crees.

M. DE LA O. No se aserque usté a mí. Que no se aserque nadie porque la ahogo.

C. CRUZ. Tienes que dominar esos impulsos; has de ser obediente. Te han traído para enmendar tu vida, y a diario pediremos al Señor que toque tu corazón para que vuelvas al buen camino.

M. DE LA O. ¿Quién tiene mando pa traerme aquí?

C. CRUZ. Tus padres.

M. DE LA O. Mis padre... (*Queda un momento pensativa. Luego se lleva las manos a los cabellos y los palpa.*) Ni un espejiyo me habéi dejao pa que me mire. ¡Bonita debo está! (*Mirándolas a todas con aire desafiador se saca de una media un peinecillo escandalosamente rojo y se lo clava en el pelo.*) ¡Lo que e éste se sarvó de la quema!

C. CRUZ. ¡Cómo! ¿Te habías escondido eso? Tráelo acá.

M. DE LA O. Si se atreve usté venga a quitármelo.

C. CRUZ. Eso está aquí prohibido. ¡Digo, si lo ve la madre superiora!

M. DE LA O. A mí la superiora y usté, ¡miau!

C. CRUZ. (*Dirigiéndose hacia María de la O.*) ¡Venga, venga eso en seguida!

M. DE LA O. (*En plan de defensa.*) ¡Ah! ¿Sí? (*A las muchachas.*) Va por ustede. La primera oreja que corte, pa la reunión.

(*Suena en el claustro una carcajada y aparece la* HERMANA CONSUELO.)

C. CRUZ. Hermana..., me amenaza porque...

H. CONS.º Lo he oído, lo he oído. Todavía no me ha cortado las orejas. (*Vuelva a reír.*) ¡Ave María Purísima, qué importancia le dan a cualquier cosa! ¡Todo esto por un peinecillo! ¡Y qué peinecillo! (*Ríe.*) ¡De criada de pueblo! (*Ríen las chicas.*)

C. CRUZ. Como la orden prohibe...

H. CONS.º Que las corrigendas se adornen. Perfectamente. Pero eso no es un adorno. Fíjese bien: eso afea. ¿No ve qué mal le va a la cara? (*María de la O se quita el peinecillo y lo tira.*) ¡Aleluya! ¿Ve, celadora Cruz? Conviene observar el reglamento, pero es más importante para nosotras observar el corazón.

(*Suena en el reloj de la capilla una campanada.*)

C. CRUZ. (*Al grupo.*) Ha terminado la hora del recreo. Con su licencia, hermana. (*A María de la O.*) Ven.

H. CONS.º Déjela.

C. CRUZ. Como ordene. (*Tras una reverencia hace mutis, con el grupo de muchachas, por el fondo del claustro.*)

H. CONS.º (*Tras observar con cariño a María de la O.*) ¿Qué, te vas tranquilizando? Sí. Poco a poco. ¿Verdad? Yo comprendo tu indignación, Por ese

mismo estado de ánimo pasan todas las que entran aquí. Claro que todas no son tan fierecillas como tú (*Riendo.*), tan toreras. Pero las ha habido muy rabiosas, sí, sí; ya lo creo; a mí una me llegó a pegar. ¡Pobrecita mía! ¡Cómo lo lloró luego cuando Dios se sirvió iluminar su inteligencia! ¿Ves esta cicatriz? Huellas de sus dientes. Perdona el orgullo de enseñarlas. Estas son cruces que alcanzamos en nuestra carrera, y están pensionadas por Dios.

M. DE LA O. ¿Usté es la superiora?

H. CONS.º No llego a tanto.

M. DE LA O. ¿A quién tengo yo que desirle que no quiero está aquí?

H. CONS.º A nadie. Aquí, en un principio, ninguna está porque quiere.

M. DE LA O. Y luego tampoco.

H. CONS.º Luego las hay que se quedan por su propia voluntad. ¡Quién sabe si tú serás de ésas!

M. DE LA O. ¿Yo?

H. CONS.º Sí, Amparo.

M. DE LA O. Yo no me llamo Amparo.

H. CONS.º Aquí, sí. En el mundo te llamaste María de la O, ya lo sé. Pero aquí procuramos olvidarnos del mundo.

M. DE LA O. Y haséi lo mismo que fuera de aquí.

H. CONS.º ¿Cómo?

M. DE LA O. Que no es la primera ve que yo me cambio er nombre: yo empesaba a yamarme Charito.

H. CONS.º Sí; también bautiza el diablo.

M. DE LA O. ¿Por qué no me dejan viví mi vida?

H. CONS.º ¿Y crees que tu vida es la de Charito? ¿En tan poco tienes tu alma? ¿Es que eres nada más que un pedazo de carne?

M. DE LA O. Yo no tengo espíritu de monja.

H. CONS.º Nadie te lo exige, ni creas que al decir monja has dicho santidad. Tú puedes aspirar a más todavía: a ser virtuosa sin atrincherar tu virtud en los muros de un convento. No creo que sea más meritoria a los ojos del Señor una buena madre de aquí que una buena madre de allá. ¿A ti te vive la tuya?

M. DE LA O. La mía era una santa.

H. CONS.º Y tú fuiste su corona de espinas.

M. DE LA O. ¡Madre!

H. CONS.º Sigue. Cuando se ha dicho madre es que quiere hablar el corazón.

M. DE LA O. Déjeme usté.

H. CONS.º Habla, Amparo. ¿Por qué vivías tan ciega? ¿Quién te aconsejó tan mal? No me mires con ese recelo; detrás de la sombra de malicia que el mundo puso en tus ojos hay reflejos de inocencia.

M. DE LA O. Cáyese usté.

H. CONS. Tú no pecaste por maldad; lo dice el alma que asoma a tus pupilas asombrada de que tu carne la quiera hundir en el pecado. ¡Habla!

M. DE LA O. ¡No!

H. CONS.º ¿Quién te llevó por tan mal camino? ¡Habla! Si estás deseándolo; si Dios puso en nuestros labios la queja para aliviar el dolor.

Siete puñales cruzaban
el corazón destrozado;
y era el puñal más agudo
aquel del dolor callado.

M. DE LA O. (*Con desesperación.*) ¿Y qué puedo yo desirle? Yo... soy una desgrasiá. (*Rompe a llorar.*)

H. CONS.º ¡Al fin! ¡Benditas lágrimas! Ya me dices bastante.

M. DE LA O. ¡Hermana! (*Se abraza a ella.*)

H. CONS.º ¡Hija mía! (*Llevándosela por la derecha.*) ¡Y parecía una loba la pobrecita cordera! (*Mutis.*) (*Suenan varios golpes, cada vez más fuertes, en la puerta de la tapia. A la repetición de aquéllos acude* MADRE PETRONILA *por la izquierda.*)

M. PETRON.ª (*Con su manojo de llaves.*) ¿Eres tú otra vez, hijito?

SEÑÓ JUAN. Sí, madre P.

M. PETRON.ª Pues estaba por no abrirte la puertecita.

SEÑÓ JUAN. No me haga usté la pascuita, que vengo a presentá a mi ayudante.

M. PETRON.ª Pase por esta vez. Te abriré para aplicármelo como penitencia.

SEÑÓ JUAN. Conforme. Cuando vea usté la cara der que me acompaña comprenderá to er való de ese sacrificio. (*Madre Petronila abre la puerta y entra* SEÑÓ JUAN. SERAFÍN, *que le acompaña, se queda en la puerta indeciso. Serafín es un pueblerino de unos treinta años, bastante feo y con aspecto*

de no haber descubierto la pólvora.) Pasa, hombre.

SERAFÍN. ¿Por aquí?

SEÑÓ JUAN. Naturá. Por ensima de la tapia cuesta más trabajo. Da las buenas tarde.

SERAFÍN. Buenas tarde.

SEÑÓ JUAN. Quítate er sombrero. (*Serafín obedece.*) Aquí tie usté, madre P. Este es er moso que se va a encargá der carro. ¿Qué le parese?

M. PETRON.ª (*Mirándolo de arriba abajo.*) ¿Lo saben ya las mulas?

SEÑÓ JUAN. (*Riendo.*) No, señora. Estas notisia hay que darlas poco a poco. ¿He tenío asierto? ¿No es lo que se quería?

M. PETRON.ª Eso a la hermana Consuelo; yo no entiendo de eso, hijito. Voy a llamarla. (*Se encamina al claustro, por cuyo fondo hace mutis.*)

SERAFÍN. Vaya usté con Dio.

SEÑÓ JUAN. ¡Caya!

SERAFÍN. ¿Está mar dicho?

SEÑÓ JUAN. Tú no hable más que cuando yo te lo diga. Ponte el sombrero. Ya sabe la arvertensia: como tendrás que entrá aquí más de cuatro vese con mandao mío, si en arguna ocasión te encuentra con las muchacha, ¡ojo! Si eyas están ahí, tu mira pa ayí.

SERAFÍN, ¿Y si están por aquí y por ahí?

SEÑÓ JUAN. Tú mira pa arriba.

SERAFÍN. (*Riendo destempladamente.*) ¡Je, je, je! ¡Qué apuro!

SEÑÓ JUAN. ¿Qué te pasa?

SERAFÍN. Que como haiga arguna en la zotea no vi a tené pa onde mirá.

SEÑÓ JUAN. Aquí no debes acordarte de que hay muchacha.

SERAFÍN. No, señó.

SEÑÓ JUAN. Claro que no hay temó de que riñan por ti.

SERAFÍN. Por mí no riñe naide.

SEÑÓ JUAN. (*Viendo llegar por el claustro a la* HERMANA CONSUELO.) Quítate er sombrero. Ahí viene la segunda de a bordo. ¡Saluda, eh!

H. CONS.º Buenas tardes nos dé Dios.

SERAFÍN. ¿Cómo está usté, hermana Segunda?

SEÑÓ JUAN. ¡Caya!

H. CONS.º Segunda, no, hijo; Consuelo.

SERAFÍN. (*Bajo al Señó Juan.*) No me dé usté pega.

H. CONS.º (*A Señó Juan.*) ¿Es este tu ayudante?

SEÑÓ JUAN. Si a usté no le parese mal. No he podio encontrarlo ni más guapo ni más listo. Ponte er sombrero pa que te vea ta y como tú ere. ¡Eh!, ¿qué tal la figura, hermana?

H. CONS.º Se ve, se ve que has escogido con detenimiento.

SEÑÓ JUAN. Quítate er sombrero.

SERAFÍN. (*Tirando el sombrero al huerto por encima de la tapia.*) Este no me hase a mí trabajá má.

H. CONS.º (*Sonriendo.*) ¿Cómo se llama?

SEÑÓ JUAN. Serafín.

H. CONS.º ¡No es posible! Digo, perdone. ¿De qué pueblo es?

SEÑÓ JUAN. De Bormujo. De una familia muy honrá. Ve usté a éste y ve usté ar padre y a to los hermano.

SERAFÍN. ¿Pueo hablá?

SEÑÓ JUAN. No. A los pobre le iba mal en er pueblo y la mitá se han venío a Seviya.

H. CONS.º Vaya por Dios.

SEÑÓ JUAN. Pue, mire usté, van teniendo suerte; ar padre lo lo han colocao en er museo.

H. CONS.º ¿De qué?

SERAFÍN. De cuadro.

SEÑÓ JUAN. Que te cayes. Al hermano mayó, que e imponente (*A Serafín.*), perdona, lo han hecho bombero, y creo que apaga er fuego na má que con asomarse.

SERAFÍN, ¿Pueo hablá?

SEÑÓ JUAN. No.

H. CONS.º Bien, bien. Supongo que no beberá.

SEÑÓ JUAN. ¿Quién, éste? Ni probarlo. De eso respondo.

H. CONS.º Y que observará en todo buena conducta.

SEÑÓ JUAN. Respondo yo, hermana.

H. CONS.º ¿Trabajador?

SEÑÓ JUAN. Yo respondo.

SERAFÍN. ¿Pero cuándo voy a responder yo, home?

H. CONS.º Déjelo que hable.

SEÑÓ JUAN. Si es que no está toavía sivilisao.

H. CONS.º Diga, diga.

SERAFÍN. Que yo también nesesito conosé a fonde er perçá. Uno ha tenio buena crianza y tie que zabé ande se mete. ¡Pue no me lo ha encargao poco mi pare!

H. CONS.º Es muy justo. ¿Qué quiere saber?

SERAFÍN. ¿Se emborrachan ustede?

H. CONS.º ¡Jesús!

SEÑÓ JUAN. ¡Caya, borrico!

SERAFÍN. Es que mi pare las pasó negra con un amo borracho que tuvo.

SEÑÓ JUAN. Yo creo que éste no nos va a conveni, hermana Con.

H. CONS.º Al contrario; este es el mozo que te conviene.

SERAFÍN. Usté tie pupila, hermana.

SEÑÓ JUAN. Pues ya se ha dicho la úrtima palabra. ¿Manda usté arguna cosa?

H. CONS.º Que Dios les acompañe.

SEÑÓ JUAN. (*Encaminándose a la izquierda.*) Vamos por aquí, tú.

SERAFÍN. ¡Ca!

SEÑÓ JUAN. ¿Cómo?

SERAFÍN. Que yo sargo por donde entro, que a sabé lo que habrá por ahí.

SEÑÓ JUAN. ¡Será borrico! ¿Pero usté oye esto, hermana?

H. CONS.º (*Riendo.*) No tenga usted miedo, Serafín, que si se encuentra con alguien no será usted quien se asuste.

SEÑÓ JUAN. Eso. ¡Andando!

SERAFÍN. Pue vaya usté delante. (*Señó Juan obedece lanzando a la hermana una mirada significativa.*)

H. CONS.º (*Con satisfacción.*) Nos conviene, nos conviene. (*Hacen mutis por donde se indica Señó Juan y Serafín. Aparece en el fondo del claustro* MARÍA DE LA O. *Se muestra indecisa en aproximarse a la hermana Consuelo. Esta lo nota y la llama.*) Ven. Hoy estás dispensada del horario que rige para tus compañeras, al que desde mañana tendrás que sujetarte.

M. DE LA O. No sé qué hasé aquí; estoy como atontá: casa desconosía, caras nuevas... sólo la cara de usté me parese argo que he conosío ante.

H. CONS.º Es posible que me hayas visto alguna vez. Nosotras no somos de clausura.

M. DE LA O. ¿Y dónde nos podríamo encontrá usté y yo más que en este sitio?

H. CONS.º A veces se encuentran las almas, y sólo ellas saben dónde y cómo. ¿Qué edad tienes?

M. DE LA O. Diez y nueve años.

H. CONS.º Y, según tengo entendido, hace más de un año que saliste de tu casa.

M. de la O. Sí, señora.
H. Cons.° Temprano buscaste el sufrimiento.
M. de la O. Yo buscaba un cariño.
H. Cons.° Lo tenías en tu casa. Y un bienestar también; tu padre creo que posee buenas tierras, ganado...
M. de la O. Es de los má rico der pueblo.
H. Cons.° ¿Descuidaron tu educación acaso?
M. de la O. A mí me educaron en er temó a Dio.
H. Cons.° En el amor a Dios es preferible: lo que se teme se evita; lo que se ama se busca. Hay que amarlo primero y saberlo temer después.
M. de la O. Yo fuí buena hasta que conosí a aquel hombre. ¡Mardita sea! (*Con rabia.*) Asín lo vea yo agonisando de se y tenga en mis manos er trago de agua que puea darle la vida.
H. Cons.° Sí. Y tengas en tus manos el vaso de agua y puedas arrimarlo a sus labios para que apague su sed y tú te sientas contenta de ti misma.
M. de la O. ¡No! Si mil años vivo será corta mi vía pa mardesirlo. ¡Usté no sabe cómo lo odio!
H. Cons.° Yo sé que nadie fué perdonado maldiciendo. El odio es la negación de todo sentimiento noble; en él caben todas las maldades, todas las miserias del espíritu. Es como una bandada de cuervos que nubla el sol: picos, garras, negrura. Antes que odiar es preferible morir.
M. de la O. Después de vengarse. Me engañó. Yo a su lao era una niña; me doblaba la edá. ¡Lo quise mucho, mucho! Huí con él a Seviya y lo sacrifiqué todo por él... Luego..., ya sabe usté de dónde me han traído. (*Llora.*)
H. Cons.° Dale gracias a Dios porque empiezas a comprender tus errores.
M. de la O. Y mientras más los comprenda más he de odiarlo.
H. Cons.° ¡No! Echale de tus recuerdos. Dios te trajo a la casa del olvido.
M. de la O. Con rayas de fuego yevo su nombre en mi memoria. ¡Ay, si los deseos mataran, Fernando Aregá, cada letra sería un cuchiyo! ¡Dise usté que...! ¿Pero qué le pasa?
H. Cons.° (*Que al oír aquel nombre ha sentido una honda conmoción.*) Nada. Te escucho. (*Tratando de dominarse.*) Iba a decirte...
M. de la O. ¿Se pone usté mala?
H. Cons.° No, hija. Espera. Un mareíllo que suele darme.

No temas que me haya impresionado hasta el extremo... Nosotras aprendemos a dominar nuestras impresiones para atender a los sentimientos ajenos; a olvidar nuestros dolores para endulzar los del prójimo. Por el alma de una religiosa los dolores de su vida han de resbalar como el agua por la piedra. Tú, hija mía, me has hablado de odio y yo iba a hablarte..., sí, eso era: y yo iba a hablarte de la Caridad.

TELON

ACTO SEGUNDO

El mismo lugar de acción del acto primero. Por la mañana.

(PEPA *sale por la segunda izquierda trayendo un cubo de agua.* JACINTA *asoma a recogerlo a los escalones del claustro con otro cubo que entrega a Pepa. Ambas muchachas llevan amplios delantales de peto.*)

PEPA. ¡Qué mañanita de trajín!

JACINTA. Yo tengo las roíyas hinchá de fregá suelo.

PEPA. Aquí disen que hay que orviarse der mundo, pero lo que es der trabajo no quieren que se orvie una.

JACINTA. En la cosina hay tre ayudando a la hermana Clara a hasé emparedao. Creo que hoy va a habé un refresco.

PEPA. ¿Un refresco de emparedao? ¡Ay, qué caló tengo!

JACINTA. Hoy es día grande. La seladora Cru estaba hablando con la hermana Custodio de que va a vení a visitarnos una señorona que da muchas limosna a este convento. Doña Agata creo que se llama; una protertora, ¿entiende?

PEPA. ¿Agata? Asín se llamaba mi padre los sábado. ¿Y por qué viene?

JACINTA. De eso no me he enterao.

PEPA. ¿Me notas argo en la cara?

JACINTA. Sí; que tienes unas ojera de furbolista despué der partio.

PEPA. Es que me he dao coba, ¿sabe?

JACINTA. ¿Con qué? Dime, dime.

PEPA. Con un cacho de papé morao de máquina de escribí.

JACINTA. Dame un pedasito.

PEPA. Voy a ve si lo encuentro. (*Se busca debajo del peto, saca un pañuelo y cae al suelo un lápiz.*)

JACINTA. ¡Ay, mi lapi!

PEPA. ¿Es tuyo? Pues no sé quién me lo habrá metio aquí.

JACINTA. ¡Hija, qué costumbre!

C. CRUZ. (*Por el claustro.*) ¿Cómo es eso? ¡Hablando sin que esté presente una celadora!

PEPA. No la hemos yamao por no molestarla.

C. CRUZ. No se puede hablar más que en el recreo. Ya llevan aquí tiempo suficiente para saberlo de sobra. Tendré que decírselo a la hermana Consuelo.

JACINTA. Eso. Y que me ensierren y siga otra fregando.

C. CRUZ. A tu faena. (*A Pepa.*) Y tú a la tuya. (*Hace mutis con Jacinta por el claustro y Pepa por donde salió. Se abre la puertecilla del fondo y entra* MADRE PETRONILA, *con su manojo de llaves, seguida de* SERAFÍN, *que trae al hombro una gran canasta con verduras.*)

M. PETRON.ª Espera aquí, hijito, que vendrán a recogerlo. (*Echa la llave y se encamina a la izquierda.*)

SERAFÍN. ¿Me va usté a dejá solo?

M. PETRON.ª Sí.

SERAFÍN. ¿Y por dónde sargo yo después?

M. PETRON.ª Por donde yo estoy, tontito.

SERAFÍN. (*Que al quedarse solo no se siente muy tranquilo, alzando la voz.*) ¿Quién ze yeva estas lechuga? (*Presta oído, y al no sentir a nadie repite algo nervioso.*) ¿Quién ze yeva estas le..., lechuga? ¿Pero es que no vive aquí nadie? (*Escuchando.*) ¡Ni una mosca! ¡Y disen que hay en este convento más de sien mujere! ¡Mentira! (*Viendo asomar por la primera izquierda a* REYES.) ¡Una! Una que no pueo mirá. (*Se vuelve de espaldas a ella.*) ¿Quién se yeva estas lechuga? ¡Anda, paese que estoy apregonando! (*Aparece* ISIDORA *por el claustro y se detiene. Serafín se vuelve de cara a la tapia.*) ¡Otra! ¡Y que, si no me equivoco, las do son bonita!

REYES. (*Extrañada de la posición que escoge Serafín.*) ¿Pero qué hase usté?

SERAFÍN. (*Sin volver la cara.*) Na malo; no vaya usté a creerse. (*Ambas muchachas ríen y, sin más co-

mentarios, cogen la canasta y desaparecen por el claustro.) ¡Al avío! *(Se encamina a la izquierda a tiempo que sale por dicho lado* ISABEL.)

ISABEL. *(Sorprendida.)* ¡Ay!

SERAFÍN. ¡Asuca! *(Le vuelve la espalda.)*

ISABEL. *(Buscándole la cara.)* ¿Qué hase usté aquí?

SERAFÍN. *(Dándole la espalda siempre.)* Soy er moso.

ISABEL. ¡Huy! ¡No será tanto!

SERAFÍN. No me se ponga usté delante que no la pueo ve.

ISABEL. Oiga: ¿y de qué nos conosemos pa que me tenga usté coraje?

SERAFÍN. De vista, no. Siga usté por donde iba, que me estoy jugando er jorná.

ISABEL. Si es que me parese tan raro hablá aquí con un hombre que estoy como atontada. ¿De dónde es usté?

SERAFÍN. De la güerta.

ISABEL. ¿De Valensia?

SERAFÍN. De la esparda. Haga usté er favó de seguí su camino.

ISABEL. ¿Se asusta usté de las mujere?

SERAFÍN. Al revé; las mujere se asustan de mí.

ISABEL. Debe ser verdá, porque así, al pronto, me ha dao usté la sensasión de una cara muy difisi.

SERAFÍN. Más difisi toavía.

ISABEL. ¿A verla?

SERAFÍN. No, no; créame usté por mi palabra. ¿Qué es lo más feo que usté conose?

ISABEL. La leche agria.

SERAFÍN. Pues yo soy un queso.

ISABEL. ¡Qué pena! Ea, pues tanto gusto en conoserlo por el revé.

SERAFÍN. Y yo a usté por la vo.

ISABEL. Cuidao con la cara, que voy a pasá pa ayá.

SERAFÍN. Pase usté, que está en er seguro.

ISABEL. *(Pasando hacia el claustro mientras él gira en dirección contraria.)* Hasta la vista.

SERAFÍN. Vaya usté con Dio. Hasta otra media vista. *(Hacen mutis cada uno por donde se indica.)*

M. SUPER.ª *(Con el* PADRE SEBASTIÁN *por la primera izquierda.)* ¿Ha visto usted cosa semejante? ¡Cantarles flamenco a las muchachas para animarlas al trabajo!

P. SEBAST. *(Sonriendo.)* ¡Las entiende, las entiende! Déjela, que ella sabe por dónde se anda.

M. SUPER.ª Esta hermana Consuelo me desconcierta. Es paciente, buena, hábil para su cargo. ¡Pero qué carácter más extraño el suyo! Tan pronto aparece poseída de una tristeza que le da aspecto de Dolorosa como rompe a reír con alocamiento de chiquilla; recita un cantar de los que lee o de los que inventa y se le saltan las lágrimas. La ve usted rezando con fervor de iluminada y a poco viene a hablarme de modo tan mundano que se lo tengo que reprender. No la entiendo. ¿Es triste? ¿Es alegre? ¿Siente el misticismo propio de una religiosa? ¿Piensa más de lo conveniente en las cosas del mundo...?

P. SEBAST. Es todo eso: es sevillana. Yo creo haberla comprendido, y esto me hace apreciarla en lo mucho que vale.

M. SUPER.ª He empezado por hablar de sus virtudes.

P. SEBAST. Tristeza, alegría, misticismo... Semana Santa, y Feria, y Cruces de Mayo. Bondad; en todo ello no hay más que bondad, como usted misma ha dicho, ya se manifieste con llanto o con risas. (*Riendo.*) ¿No me ha oído usted llamarle hermana Sevilla algunas veces?

M. SUPER.ª Yo también he nacido en esta tierra y no creo ser así.

P. SEBAST. Es que todos los hijos no se parecen a los padres. Ea; voy a dar un vistazo por mis dominios, que no quiero quedar en evidencia ante la visita. Hasta luego, madre superiora.

M. SUPER.ª Vaya usted con Dios, Padre Sebastián. (*Al mismo tiempo que hace mutis por el claustro el padre Sebastián sale la* HERMANA CONSUELO *por la primera izquierda.*) ¿Tuvo en cuenta el arreglo de la clase?

H. CONS.º Lo he tenido en cuenta.

M. SUPER.ª ¿Se llevaron flores a la capilla?

H. CONS.º Sí, madre. Descanse tranquila, que todo está muy atendido.

M. SUPER.ª Nuestra buena protectora merece bien cuanto se haga en su agrado. A nadie, después de Dios, debemos tanto como a ella. Pero se fija, se fija en detalles. Le gusta verlo todo. No hay rincón que no escudriñe. Hasta la celda de castigo. ¡Se interesa tanto por esta casa!

H. CONS.º Me di cuenta durante la última visita, hace ya...

M. SUPER.ª Dos años.

H. CONS.º Justo. Observé que observaba. Dicen que las monjas tenemos el don de verlo todo con apariencia de no ver nada; en ese sentido doña Agata es más monja que nosotras.

M. SUPER.ª Eso no será dicho en son de crítica, ¿verdad, hermana Consuelo?

H. CONS.º ¡Dios me libre!

M. SUPER.ª Pues entonces estoy conforme: es más monja que nosotras.

H. CONS.º Es una cotorra.

M. SUPER.ª (*Escandalizada.*) ¡Hermana Consuelo!

H. CONS.º Perdón, madre: una cotorra es una bonita criatura del Señor.

M. SUPER.ª (*Alejándose hacia el claustro.*) No la entiendo diga lo que diga el padre Sebastián.

C. CRUZ. (*Por la derecha.*) Hermana: me he visto precisada a imponer un castigo hasta que su autoridad determine.

H. CONS.º ¿Qué ha sido?

C. CRUZ. La corrigenda que entró el otro día...

H. CONS.º Amparo.

C. CRUZ. Sí, hermana. Se negó en absoluto a obedecer mis órdenes respecto al trabajo. Es una muchacha salvaje.

H. CONS.º Cuidado, celadora Cruz: en ese mismo estado de salvajismo vinieron aquí muchas y algunas de ellas son ahora celadoras.

C. CRUZ. Perdón, hermana. No he querido ofenderla.

H. CONS.º ¿Le ha impuesto alguna sanción?

C. CRUZ. Provisionalmente la he ordenado que entre en la celda de castigo.

H. CONS.º Bien. Que siga allí.

C. CRUZ. Es que yo la he ordenado que entre, pero ella no ha querido entrar; y antes de recurrir a la violencia...

H. CONS.º Comprendido. Ahora iré yo. (*La celadora Cruz se inclina y hace mutis por el claustro. Por la izquierda entra* ROSARITO. *Viene llorando y se detiene a pocos pasos de la hermana Consuelo enjugando sus lágrimas y sin atreverse a hablar.*) ¿Qué tienes, Rosarito? ¡Habla! ¿Qué te pasa?

ROSARITO. ¡Ay, hermana, que desgrasiá soy! (*Besándole la cruz del rosario.*) Ampárame usté, por este Cristo.

H. CONS.º ¿Lo dudas, hija?

ROSARITO. Dudo que me deje viví la pena.

H. CONS.º ¡Calla, inocente; la pena no mata! Ya hay un cantar en nuestra tierra que lo dice.

ROSARITO. La mía es de las que ahogan.

H. CONS.º No. La pena aprieta el cuello, pero no ahoga. Acaba con unas ilusiones, hace brotar unas canas, ahuyenta el sueño de nuestros ojos, mete a una mujer en un convento... y no mata. Por eso es dolor, por eso es pena. ¿Qué te ha pasado?

ROSARITO. Mi padre...

H. CONS.º Basta. ¿Para qué más explicación? ¿Te ha pegado?

ROSARITO. ¡Sí!

H. CONS.º ¡Pobre padre!

ROSARITO. Pero si yo no hice..., si no le di motivo.

H. CONS.º Peor para él. ¡Pobre padre!

ROSARITO. No la entiendo.

H. CONS.º Cuando tengas hijos me comprenderás.

ROSARITO. ¡Ha jurao matarme si me vuerve a ve hablando con mi novio!

SEÑÓ JUAN. (*Por la izquierda.*) ¡Y lo cumplo!

ROSARITO. (*Con miedo.*) ¡Ay!

H. CONS.º No temas nada.

SEÑÓ JUAN. Dispénseme usté, hermana. Ya sabía yo que se había metío aquí. ¿Por qué vienes a molestá a esta hermana?

H. CONS.º Porque no tiene otra.

SEÑÓ JUAN. ¡Anda pa casa!

ROSARITO. ¡No!

H. CONS.º Sí. Tú obedeces. (*A él.*) Y tú me haces el favor de esperar aquí un momento. Anda, hija, anda para tu casa, que no hay tormenta que pase dos veces por el mismo sitio.

ROSARITO. (*Enjugándose los ojos, marchándose lentamente hacia la izquierda y deteniéndose con decisión al hacer mutis.*) ¡Pues lo quiero!

SEÑÓ JUAN. ¿Cómo?

H. CONS.º Nada. (*Rosarito desaparece.*)

SEÑÓ JUAN. ¿Ve usté? Por eso la he puesto la mano ensima. La primera ve que lo hago. (*Mirándose la mano.*) ¡Mardita sea!

H. CONS.º ¡Juan!

SEÑÓ JUAN. ¡Es a mi mano! (*Pesaroso.*) ¡Le he dao con fuerza! ¡Estos nervio! ¿Le ha dicho a usté que la he lastimao?

H. CONS.º No. Pero ese no es camino, Juan.

Aunque en el rosal te hieras
no le maltrates con ira,
que acabarás con las rosas,
pero no con las espinas.

SEÑÓ JUAN. ¡Le he prohibido que hable con ese hombre y habla!

H. CONS.º ¡Claro, eso traen ciertas prohibiciones!

SEÑÓ JUAN. Mi niña no tiene edá de novio, hermana Consuelo.

H. CONS.º ¿Hay alguna ley que marque la edad reglamentaria para eso?

SEÑÓ JUAN. Mi voluntá, que en este caso es ley porque soy su padre.

H. CONS.º Tu voluntad se equivoca.

SEÑÓ JUAN. No.

H. CONS.º Es tu hija única y piensas que, por serlo, no debe nunca pasar de niña. Si el muchacho es bueno, si se quieren, no les hagas que oculten, como un delito, unos amores que no tienen por qué avergonzarse.

SEÑÓ JUAN. Usté perdonará que yo la diga que de estas cosas tengo motivo pa sabé más que usté. ¿Manda usté argo?

H. CONS.º Que Dios te ilumine. (*Señor Juan hace mutis primera izquierda, refunfuñando.*)

SERAFÍN. (*Por la segunda izquierda. Aturdido y mirando en torno suyo con inquietud.*) ¡Este es er mismo patio! ¿Pero ande está la vieja de las yave?

H. CONS.º ¿Qué le ocurre, Serafín?

SERAFÍN. ¡Que me he perdío!

H. CONS.º ¿Es posible?

SERAFÍN. Esto es más grande que la voluntá er Zeñó: un rompecabesa.

H. CONS. (*Sonriendo.*) ¡Vaya por Dios, hombre!

SERAFÍN. Tiro por un cayejón, y sargo a un corrá; zubo por una escalera, y doy en otro cayejón con muchas puertesita; güervo a bajá, güervo a zubí y a to esto no encuentro más que ratone.

H. CONS.º (*Riendo con risa que irá en aumento hasta el final de la escena, sin que le sea posible dominarla.*) ¡Qué desgracia!

SERAFÍN. Paso por un zitio mu oscuro, ¡y me he dao un cacharraso con una coza que había en medio, no

ze zi era un arbo o una coluna, que me he quedao esmoresío!

H. CONS.º ¡Jesús! No me explico dónde.

SERAFÍN. Pue no tie pierde: cuando se sale a la lu hay un letrero que dise: ¡Ave María Purísima!

H. CONS.º ¡Ah, sí, sí!

SERAFÍN. ¡Claro, como que eso lo han puesto pa ahorrrarle palabras ar que se estreye!

H. CONS.º Hay lógica, hay lógica.

SERAFÍN. Pue si en ve de lógica hubiera una lu estaría mejó.

H. CONS.º ¿Se ha hecho mucho daño?

SERAFÍN. Me he pazao más de die minuto de roíya en er zuelo.

H. CONS.º Es lamentable. ¿Buscaba usted la puerta, verdad?

SERAFÍN. Buscaba las narise.

H. CONS.º ¡Ah, claro! (*Riendo cada vez más.*) ¿Pero por qué me dará a mí esta risa? Cállese, hijo; se lo ruego.

SERAFÍN. Yo creí que las monja no se reían.

H. CONS.º Algunas veces no tiene una más remedio. De modo que usted subía, bajaba... Cuando vuelva a verse en otro apuro así récele a San Antonio y él le pondrá en buen camino.

SERAFÍN. ¿Quié usté cayá? Cuando me he dao le iba resando a las ánima.

H. CONS.º (*Riendo con más fuerza.*) ¿Es posible? (*Molesta con ella misma.*) ¡Vaya, que esto no puede ser!

SERAFÍN. Ríase usté, que yo no me enfado. ¡Si estaré yo acostumbrao, con esta cara, a ve reírse a la gente!

H. CONS.º Váyase, váyase, hombre de Dios.

SERAFÍN. ¿Por dónde? ¿Sarto la tapia?

H. CONS.º No; yo le guiaré. Pero haga el favor de no hablar más.

SERAFÍN. ¡Y desían que yo no era grasioso!

H. CONS.º Que se calle. Venga por aquí. ¡Dios mío, hazme pensar en algo triste!

SERAFÍN. Acuérdese usté der poste ande yo me he dao. (*Hermana Consuelo arrecia en su risa y ambos hacen mutis por la primera izquierda. Sale por el fondo del claustro* MARÍA DE LA O *seguida de la* CELADORA CRUZ.)

C. CRUZ. Te advierto que mientras más prolongues tu desobediencia más tiempo estarás castigada.

M. DE LA O. Déjeme usté en pa.

C. CRUZ. ¿Pero adónde piensas que te han traído? ¿Crees

que aquí puede hacer cada una lo que le dé la gana? ¡Sígueme!

M. DE LA O. ¡No! Ya estoy bastante enserrá pa meterme en otro sitio más estrecho. Yo no soy una fiera.

C. CRUZ. ¡Obedece!

M. DA LA O. ¡Que no!

M. SUPER.ª (*Por el claustro.*) ¿Qué ocurre, celadora Cruz?

C. CRUZ. Amparo no quiere cumplir el castigo que le he impuesto.

M. SUPER.ª Pues medios hay para hacerla obedecer. Empléelos.

C. CRUZ. Como la madre superiora ordene.

H. CONS.º (*Por donde se fué.*) Si me lo permite, madre, yo me encargo de eso.

M. SUPER.ª Obligación suya es.

H. CONS.º Procuraré no caer en falta. (*La madre Superiora se aleja por la izquierda. A la celadora.*) El castigo que ha señalado empezará a regir desde mañana. Puede retirarse. (*La celadora Cruz, tras una reverencia, desaparece por el claustro.*) ¿Por qué te portas así, Amparo?

M. DE LA O. ¿Por qué se aleja usté de mi vera? Yo no sé está más que con usté. Me farta su palabra y to se oscurece pa mí. No me deje usté sola.

H. CONS.º Nunca estamos solos cuando tenemos el pensamiento puesto en Dios.

M. DE LA O. ¿Quién sujeta er pensamiento?

H. CONS.º El freno de la voluntad. No me cansaré de repetírtelo: voluntad para huir del pecado, pero voluntad de acero. ¡Ay de los pobres de voluntad, porque amarán el bien y serán presa de todas las pasiones! ¡Y tendrán conciencia de sus propios errores y no podrán evitarlos! Si alguna vez Dios te da un hijo enséñale primero que nada a ser fuerte de voluntad. ¿Por qué has desobedecido a la celadora?

M. DE LA O. Quiere encerrarme.

H. CONS.º ¿Injustamente?

M. DE LA O. No sé.

H. CONS.º Confiesa que mereces el castigo.

M. DE LA O. Bueno.

H. CONS.º Ya me oíste: mañana lo has de cumplir.

M. DE LA O. Si usté lo manda... ¿Y por qué hoy no?

H. CONS.º Porque hoy has de cumplir el que yo te imponga.

M. DE LA O. ¿Usté?

H. CONS.º Sí. No seré muy severa. Vas a estar en la huerta unas horas nada más.

M. DE LA O. ¿Ahí? ¿Sola?

H. CONS.º (*Sonriendo.*) No. Te advierto que las tapias de la huerta son más altas que estas de aquí y la puerta más recia.

M. DE LA O. No pienso escaparme.

H. CONS.º Haces bien en no pensar en locuras. Ven. (*Se dirige al fondo y saca una llave.*)

M. DE LA O. Pero eso no es un castigo.

H. CONS.º ¿Crees tú? Yo me entiendo. (*Abriendo la puerta.*) Mira: ése que está ahí es el señor Juan, el hortelano; aunque intentes hablarle no te contestará. Y ese otro que está cavando... Pero ¿qué hace usted, hombre de Dios? Levántese, levántese y no meta la cabeza entre las coles. Conque se aleje un poco es suficiente. (*A María de la O.*) Ese otro ni habla ni mira. Pasea tranquila, reflexiona y... hasta que te llame.

M. DE LA O. Está bien. (*Entra en la huerta. La* HERMANA CONSUELO *cierra, guarda la llave y hace mutis por la izquierda, primer término. Sale por la izquierda, segundo término,* PEPA *llevando sobre el hombro un largo plumero. Tras ella, a prudente distancia, cargada con otro útil de limpieza, va* REYES. *Ambas sostienen animada conversación, pero con el mayor disimulo; sin mirarse. Para que la charla les dure más cruzan el patio con lentitud.*)

REYES. ¿Y despué?

PEPA. Despué me habló un conde y le arruiné como ar prínsipe.

REYES. ¡Hija, ere tremenda!

PEPA. No puedo remediarlo: he nasío pa mujé fatá. Este conde pensaba casarse conmigo; me tuvo dos año en un colegio de París y aluego que me eduqué...

REYES. Sigue, que no se ve a nadie.

PEPA. Una paraíta. (*Se detienen guardando la misma distancia y mirando hacia el mismo lado.*)

REYES. Te educaron en París. ¿Y qué más?

PEPA. Er conde me compró un vestío de seda ¡y me regaló una de alhaja! Mira: tenía unos sarsiyo

que er briyante más chico era... ¿Cómo te diré yo?

REYES. ¿Como un huevo?

PEPA. Como una tortiya de sei huevo.

REYES. ¡No esageras tú na!

PEPA. Si no lo cree...

REYES. Sigue.

PEPA. ¿Andando o contando?

REYES. Las do cosa.

PEPA. (*Reanudando la marcha.*) Me compró un auto, hermoso donde los haiga, y una sombriya de raso granate que la yevaba yo asín enseñando er puño de oro... ¡Era un tío más rico!...

REYES. ¿Cómo se yamaba?

PEPA. Er conde.

REYES. ¿Pero de qué?

PEPA. Eso no me lo dijo nunca. Verá: ar poco tiempo me cansé de é y me fuí con un barón.

REYES. ¡Qué ladrona! (*Desaparecen, hablando, por el final del claustro. Salen por la primera izquierda la* HERMANA CONSUELO, *la* MADRE SUPERIORA *y* DOÑA AGATA *en medio de las dos. Doña Agata ha cumplido ya los setenta, pero aun conserva agilidad a tono con la viveza de su carácter.*)

D.ª AGATA. (*Que lo examina todo con auxilio de los impertinentes.*) Tampoco se ha hecho reforma alguna en este patio.

M. SUPER.ª No ha sido preciso. Se conserva bien.

D.ª AGATA. Viejo, muy viejo. Aquí debe haber microbios de la época de las cruzadas.

H. CONS.º Ya habrán muerto de viejos también.

D.ª AGATA. Dos ladrillos nuevos, sí (*Aproximándose a la tapia.*); dos ladrillos nuevos hay en la tapia.

M. SUPER.ª ¡Qué vista! Dios se la conserve.

H. CONS.º ¡Y qué memoria!

D.ª AGATA. No puedo quejarme, no. Me acuerdo de todo. ¿A que ya va faltando el aceite en esta santa casa?

H. CONS.º Cierto; ya va quedando poco.

D.ª AGATA. Por eso he dado orden en "Los Barrancales" de que envíen aquí cincuenta arrobas.

M. SUPER.ª ¡Dios se lo premie! Su generosidad con este pobre rebaño del Señor no puede quedar sin recompensa.

D.ª Agata. Es que no quiero que les falte nada ni al rebaño ni a las pastoras.

H. Cons.º Las pastoras han de ser sobrias y las ovejas lucidas.

D.ª Agata. No sean cortas. Díganme, díganme lo que necesiten. La mayor satisfacción que podemos tener los ricos es la de remediar necesidades.

M. Super.ª Lo comprendo.

H. Cons.º ¡Cuántas satisfacciones podrá procurarse la señora fuera de este convento!

D.ª Agata. ¿Fuera?

H. Cons.º Así lo supongo. ¡Se ve tanta miseria cuando se sale de aquí!

D.ª Agata. Y muy poca virtud.

H. Cons.º La virtud va vestida de hambre, y el hambre es vergonzosa y se oculta.

D.ª Agata. Calle, calle. Usted, hermana Consuelo, no sabe cómo está el mundo.

H. Cons.º Yo me conformaría con que lo supieran los ricos...

M. Super.ª Como lo sabe doña Agata. ¿No es eso lo que iba a decir, hermana Consuelo?

H. Cons.º Exactamente: como *debe* saberlo doña Agata.

D.ª Agata. ¿Pero dónde se ha quedado mi hijo? ¿Dónde está ese atolondrado?

Don Fer.º (*Por la primera izquierda.*) Estoy aquí, madre. Perdonen; me he entretenido examinando unos detalles de ornamentación muy interesantes. Esto se conserva muy bien.

D.ª Agata. Ya sabía yo que te gustaría. Por eso me he tomado la libertad de traerte. Por eso y para que estas buenas madres conozcan al que ha de ser continuador de mi protección humilde.

Don Fer.º Tú no tienes que pensar todavía en continuadores, mamá. Te quedan muchos años de hacer bien en el mundo.

M. Super.ª Así lo quiera el Señor.

D.ª Agata. Desde luego que no pienso morirme por lo menos hasta que conozca a mis nietos. ¿Sabes, picarón? (*A las religiosas.*) Esta es una gran noticia que traigo para ustedes. Mi Fernando se casa. Una buena boda, ¿eh?

M. Super.ª Dios los haga felices.

D.ª Agata. Ya le llama la Iglesia. ¿No? Cuarenta y dos añi-

tos. Sí; ya se ha divertido bastante, porque, dicho sea en honor de la verdad, ha sido algo locuelo.

DON FER.º ¡Mamá, por Dios, no me desacredites!

D.ª AGATA. Pero ha sentado la cabeza. A su edad se casaron casi todos nuestros antepasados y luego ganaron fama de esposos ejemplares. Todos los bastardos de nuestra familia fueron anteriores a los respectivos casamientos. Lo podemos decir con orgullo. ¿Seguimos el paseo?

M. SUPER.ª Cuando guste. (*Se dirigen a la derecha. La hermana Consuelo se va quedando rezagada mientras doña Agata habla a la Superiora. Don Fernando simula distraerse mirando los capiteles de los arcos de la izquierda.*)

D.ª AGATA. El ajuar de boda se hará aquí. ¿Dónde mejor? ¡Qué primores hacen! ¡Qué primores!

M. SUPER.ª En esta ocasión procuraremos esmerarnos aún más por tratarse... (*Hacen mutis por el fondo del claustro.*)

DON FER.º Hermana Consuelo, escúcheme; se lo suplico.

H. CONS.º Para eso me he quedado, y para que me escuche también.

DON FER.º Mi presencia aquí es algo muy violento para los dos, pero...

H. CONS.º No se cuide de la violencia que a mí me cause. Cuando se toman estas tocas se está dispuesta a sufrir los mayores sacrificios.

DON FER.º Yo no quería venir, pero mi madre puso tal empeño...

H. CONS.º Vuelvo a decirle que están de más las excusas.

DON FER.º Es que no quisiera que en esta ocasión me juzgará usted mal. Para mí es doblemente respetable esta casa. He tenido miedo al pensar que íbamos a encontrarnos frente a frente al cabo de los años.

H. CONS.º No lo entiendo, señor.

DON FER.º Es natural. Yo tampoco quisiera recordar nada; pero debo confesarle que necesitaba ver en la paz de unos ojos y en la serenidad de un semblante la firmeza de un perdón en el que yo he confiado siempre.

H. CONS.º ¿Un perdón? Si lo busca dentro de esta casa lo hallará a cada paso, porque aquí no hay más que perdón y olvido.

DON FER.º Gracias. Creo que ahora empiezo a merecerlo;

he comprendido mis torpezas, he rectificado mis errores...

H. CONS.° Sí, a los cuarenta y dos años, para seguir la gloriosa tradición de su familia. Lo he oído. Una buena boda. ¿No es así como ha dicho su señora madre?

DON FER.° Justo; hija única de una gran familia.

H. CONS.° Una buena boda. Cada uno ve la bondad en lo que más le agrada. Si se tratase de devolver la honra a una mujer pobre y humilde, y ya he dicho todas las miserias, eso sería una mala boda.

DON FER.° Ahora soy yo quien no sabe lo que usted quiere decir, hermana Consuelo. Porque si se refiere usted a Carmen, ni era pobre, ni humilde, ni aceptó...

H. CONS.° ¿Quién la nombra aquí? Carmen hace nueve años que murió para el mundo despreciándole a usted y perdonándole luego. Paz a los muertos, don Fernando.

DON FER.° Paz a los muertos.

H. CONS.° Pero paz completa, para que los muertos callen, por usted mismo, por su propia conciencia, que algún día puede hablarle, turbando la felicidad de su buena boda. ¡Felicidad! ¿Es que se puede pensar en ella habiendo sembrado el dolor a nuestro paso?

DON FER.° Hermana: usted me ha hablado de perdón.

H. CONS.° Del de Carmen, sí. ¿Le basta con ése?

DON FER.° No creo necesitar otro.

H. CONS.° No cree. (*Con indignación.*) ¡Raza de Mañaras, hipócrita y cruel y arrepentida siempre, a última hora, cuando la carne, ahita de pecado, presiente la muerte! Hasta en la muerte habéis sido egoístas, queriendo enlazar con el arrepentimiento los placeres de este mundo y los del otro.

DON FER.° ¡Hermana!

H. CONS.° ¡Que arraiguéis aquí! En esta tierra de bendición. ¡Qué grande, qué grande es esta tierra cuando, a pesar de vosotros, se sigue llamando de María Santísima!

DON FER.° Creo que se exalta más de lo conveniente la hermana Consuelo.

H. CONS.° La hermana Consuelo quisiera hallar el camino de su corazón para evitar otra infamia.

DON FER.° ¿Llama usted infamia a mi proyecto de boda?

H. CONS.º ¿Y cómo he de llamarle mientras viva llorando María de la O?

DON FER.º ¡¡María de la O!!

H. CONS.º ¿La había usted olvidado?

DON FER.º ¿Yo?...

H. CONS.º Pues está aquí. ¿Verdad que parece cosa de sueño? Como en el poema de Núñez de Arce, usted huye del muerto y sigue encontrando al muerto en su camino. Coincidencia lo llamará usted; providencia lo llamo yo.

DON FER.º (*Reponiéndose y tratando de dominar la situación.*) Está bien. Reconozco que la sorpresa que me ha reservado es de las que desconciertan a un hombre, pero (*Marcando estas palabras.*) si usted me conociera a fondo comprendería que no soy de los que se asustan por contrariedad más o menos. Hice por María de la O lo que pude, y no puedo hacer más.

H. CONS.º Puede hacerlo todo: salvar su cuerpo y su alma.

DON FER.º María de la O no existe para mí.

H. CONS.º ¿Que no existe, y está usted respirando el aire que ha bebido su pena? ¿Que no existe? ¡Y si fuera posible hacer el silencio absoluto en este patio llegarían a sus oídos los latidos de angustia de su corazón! ¿Pero cómo se puede tener esa conciencia?

DON FER.º No creo que sus deberes de religiosa la obliguen a mezclarse con tanto empeño en las cosas del mundo.

H. CONS.º ¿Que no? ¿Acaso no vivimos para el dolor ajeno? Oígame. Usted no sabe el tesoro de bondad que hay en esa criatura; usted no se da cuenta del mal que ha hecho.

DON FER.º No se canse; déjeme. (*Suena lejano el órgano de la capilla y las voces de las muchachas que entonan una salve.*)

H. CONS.º ¡Si la hubiera visto cómo llegó! ¡Cómo la maltrató la vida en tan poco tiempo! Venía embrutecida por la desgracia, ardiendo en odio por quien la sacó del lado de su padre para abandonarla después. Y yo, poco a poco, con mis palabras, con mis consejos, voy arrancando de su alma la costra de esas pasiones y dejando brillar el fondo de sus buenas cualidades, en el que no hay más que ternura. Siéntase grande, don Fer-

nando; borre con un acto generoso los errores de su vida. ¡Esta sí que a los ojos de Dios sería una buena boda! (*Se arrodilla.*)

DON FER.° ¿Qué hace usted?

H. CONS.° ¡Por María de la O, por las lágrimas de su madre, por la misericordia de Dios, que en este instante nos mira! ¿No son estas razones para que una pobre monja humille sus tocas?

DON FER.° Levante, hermana Consuelo. ¡Yo le juro que si en mis manos estuviera!...

H. CONS.° (*Levantándose.*) ¡Basta! Si su conciencia no ha despertado aún, ¿qué puede usted decirme que yo deba escuchar? (*Se dirige a la derecha.*)

DON FER.° Comprenda usted que...

H. CONS.° Por desgracia, le comprendo.

DON FER.° Una sola palabra, la última.

H. CONS.° La última palabra la dirá Dios. (*Hace mutis por dicho lado. Don Fernando queda pensativo un momento. Suena detrás de la tapia del huerto un sollozo de mujer. Don Fernando escucha con extrañeza, y como aquél no se repite piensa que ha sido obra de su imagnación y se encoge de hombros.*)

SERAFÍN. (*Por la izquierda, suponiéndose que habla con la madre Petronila, que le ha venido acompañando. Trae al hombro un costal vacío.*) Ya, ya; que ya no me pierdo. Sí, señora. Vendré siempre por esa puerta. (*Reparando en don Fernando, que mira al claustro.*) ¿Un hombre aquí? ¿Será una mujé disfrasá?. (*Alto.*) Buenas tarde nos dé Dio.

DON FER.° Buenas tardes.

SERAFÍN. Pue e un hombre. Está usté viendo la casa, ¿eh?

DON FER.° Sí.

SERAFÍN. ¿Pa comprarla?

DON FER.° No. ¿Quién es usted?

SERAFÍN. Serafín; er moso de la güerta.

DON FER.° Ya.

SERAFÍN. ¿Y usté?

DON FER.° Fernando.

SERAFÍN. ¡Ah! Bueno. ¿Ha visto usté que zolo está esto siempre?

DON FER.° Es la primera vez que entro en este sitio.

SERAFÍN. Pue no se vaya usté a colá por ahí, por lo oscuro, que hay un *Ave María.*

DON FER.° ¿Qué es eso?

SERAFÍN. Un zitio pa romperse el arma. Yo no creo que aquí vivan sien mujere. ¿Y usté?

DON FER.º Yo tampoco.

SERAFÍN. Hasta ahora he podío contá por la esparda sei; tres madre y tres hija de otras madre. Guapa, eso, sí. No las he podía ve, pero son guapa. Por la vo, ¡eh!, por la vo lo he sacao. ¡Uno diquela!

DON FER.º Ya, ya.

SERAFÍN. Pobresiya. ¿Sabe usté por qué las meten aquí? Pue las una porque se han resbalao y las otras porque yevan las zuela con briyo y ante de que se resbalen... ¿Usté me entiende?

DON FER.º Sí, sí.

SERAFÍN. A mí me lo ha esplicao to mi amo. Es una pena. A cuasi toa las desgrasiá esa las traen a este ensierro porque han abusao de eyas argunos zeñoritos juerguistas y zinvergonsone. Ya ve usté qué concencia.

DON FER.º Sí, sí.

SERAFÍN. La sangre le jierve a uno de penzá... Mire usté: yo tengo una hermana, y si... Bueno; con mi hermana no hay cuidao porque se parese a mí. Pero yo cogía a un tío de esos por er gañote y empesaba a apretá y a estirá, que hasta que no se lo pusiera como un bastón no lo sortaba.

DON FER.º ¿Usted no venía con algún encargo?

SERAFÍN. Zí, zeñó; pero no tengo priesa. Esperaré aquí a la hermana Conzuelo. Con usté da gusto hablá.

DON FER.º ¿Conmigo?

SERAFÍN. Usté es un hombre de mucho sabé, y argo aprende uno.

DON FER.º No será por la conferencia que le he dado.

SERAFÍN. Ni *sircunferiensia* ni na. Pero dise usté los *ya, ya* y los *sí, sí* con una educación que afina. Pue como le iba a usté disiendo... (*Aparecen por el claustro la* HERMANA CONSUELO, *la* MADRE SUPERIORA *y* DOÑA AGATA. *Esta, como antes, en medio de aquéllas.*)

DON FER.º Ya tiene usted ahí a la hermana Consuelo.

SERAFÍN. ¡Jozú!

DON FER.º ¿Qué le pasa?

SERAFÍN. ¡Fíjese usté! ¿Qué habrá hecho esa vieja pa que la metan aquí?

DON FER.º ¿Quiere usted no ser animal?

SERAFÍN. Yo sí quiero, pero no puedo.

D.ª AGATA. Pero, hijo, ¿cómo no tienes curiosidad por verlo todo como yo?

SERAFÍN. ¡¡Hijo!! Me voy al *Ave María*. (*Hace mutis, rápido, por el fondo izquierda.*)

DON FER.º Me he entretenido, sin darme cuenta, con la charla de ese buen hombre.

D.ª AGATA. Ahora vamos a ver la huerta, que debe estar hermosa.

H. CONS.º No se lo aconsejo. Con las últimas lluvias se ha puesto imposible. Es un barrizal.

M. SUPER.ª Cierto. Demasiada humedad para nosotras.

D.ª AGATA. Vaya, pues en otra ocasión la veré. (*Dirigiéndose con las demás hacia la primera izquierda.*) La capilla está monísima. No dejen de mandar por los candelabros que les he ofrecido. ¿Vamos, Fernando?

DON FER.º Vamos, madre. (*Hacen mutis por donde se indica.*)

C. CRUZ. (*Asomando al claustro y encarándose desde allí con Serafín, que se supone no se ha alejado mucho.*) Oiga: ¿qué desea?

SERAFÍN. (*Saliendo de espalda y mostrando en esta posición el saco que trae.*) Er pan duro pa las gayina.

C. CRUZ. ¿Le ha mandado el señor Juan?

SERAFÍN. ¿Es que vi yo a vení sin que me mande?

C. CRUZ, Venga por aquí, pero de frente, no se vaya a dar un porrazo.

SERAFÍN. Ya tengo costumbre. (*No se mueve.*)

C. CRUZ. ¡Ande, hombre! ¡De frente! ¿Qué espera?

SERAFÍN. Que diga: ¡Mar! (*La celadora Cruz hace mutis y tras ella Serafín. Vuelve la* HERMANA CONSUELO *por donde se fué; se dirige a la puerta del huerto y abre.*)

M. DE LA O. (*Cayendo en sus brazos.*) ¡Hermana, lo he visto, lo he oído!

H. CONS.º (*Elevando los ojos a la altura.*) ¡Señor, cuando lo permites tú es que debe ser así! ¿Por qué miraste?

M. DE LA O. ¿No acaba usté de desí que Dio lo ha permitido? Sin sabé por qué ¡tenía yo hoy un desasosiego, un tembló...! Lo barruntaba como la oveja barrunta ar lobo.

H. CONS.º Yo tengo sobre mi conciencia no haber sabido evitarlo.

M. DE LA O. ¡Sobre su consiensia! ¡Usté! ¡Usté! ¡La hermana

buena, la santa! ¡No diga usté eso! Si yo voy creyendo en to porque usté me lo dise. Si yo estaba dispuesta a perdoná porque en los ojo de usté habia bebío el perdón. Porque usté mira, usté habla y se espantan los malo pensamiento y los puñale se vuerven cruse. ¡Qué va usté a tené sobre su consiensia, si en eya no hay sitio más que pa er doló ajeno!

H. CONS.º ¿Dices que oíste?...

M. DE LA O. Todo.

H. CONS.º ¿Todo?

M. DE LA O. Y lo que no entendí quiero morí sin entenderlo.

H. CONS.º ¡María de la O!

M. DE LA O. ¡Hermana!

H. CONS.º Perdónalo.

M. DE LA O. No pueo. A mí me hase buena el cariño y mala los desengaño. Yo tengo sangre de fuego en las vena.

H. CONS.º En el ardor de esa sangre cristalizó muchas veces la santidad. Tranquiliza tu espíritu. ¿No ves qué paz nos rodea? ¿No influye en tu alma este silencio? Piensa en lo poco que somos. Tus dolores y los míos no han cambiado en nada la luz, el aire, el color del cielo. Fuera de aquí el mundo sigue con sus ruidos y sus luchas; nada ha dejado de ser lo que es porque esté sufriendo María de la O. Agradece la caricia de este ambiente de reposo. Cuando las aguas son tranquilas, la barca deja de agitarse. (*Viendo asomar por la derecha a la* CELADORA CRUZ.) ¿Dónde tiene a las muchachas?

C. CRUZ. Cosiendo en la clase, hermana Consuelo.

H. CONS.º Tráigalas aquí. Estarán mejor. (*La celadura Cruz se inclina y hace mutis.*) Te distraerás cosiendo con ellas. Cosiendo y pensando en cosas buenas. ¿Sabes? Rezando si es posible. Una prenda y una aguja puede ser como remedo de un rosario para quien pone su pensamiento en Dios: cada puntada una súplica, un buen propósito.

M. DE LA O. Pero no se marche usté.

H. CONS.º Os haré compañía. (*Llegan por el claustro, seguidas de la* CELADORA CRUZ, JACINTA, PEPA, ESPERANZA, ISABEL, ISIDORA, FERNANDA *y* REYES. *Entre Pepa y Jacinta traen un gran cesto de mimbre*

con ropa blanca. Algunas han cargado con una sillita baja de anea.)

C. CRUZ. Aunque salgamos al patio no olvidéis que no estamos en el recreo y que no se puede hablar. (*Silenciosamente van sentándose unas en las sillas y otras en los bancos. María de la O se suma al grupo. La hermana Consuelo ocupa una sillita baja más en primer término. La celadora Cruz va sacando prendas del cesto y repartiéndolas entre las muchachas.*)

H. CONS.° Deme a mí también labor. (*La celadora Cruz le da una prenda. Los útiles de costura los saca la hermana Consuelo de una bolsa que lleva bajo el hábito. Se oyen a lo lejos los cascabeles de un coche que cruza. Las muchachas quédanse escuchando con emoción que no intentan disimular.*)

PEPA. (*A media voz a una compañera.*) Va a la Venta der Surdo, que está ahí ar lao. ¡Las vese que me he lusío yo en un coche así!

C. CRUZ. ¡Silencio! (*Hay un momento de pausa, un silencio que sólo turba el rumor leve de las puntadas. Suenan unos sollozos; todas suspenden su labor y quédanse mirando a Fernanda, que llora apretando contra su cara la prenda que cose. La hermana Consuelo se levanta, se aproxima a Fernanda, le cambia la prenda de niño que le han dado por la mujer en que ella trabaja y, luego de secarle las lágrimas con su pañuelo, silenciosamente, vuelve a ocupar su sitio reanudando la labor. Aparece por el claustro* SERAFÍN *trayendo al hombro un saco mediado de pan duro. Viene pisando ruidosamente. Al darse de cara con el grupo se detiene contrariado e indeciso. La celadora Cruz se encara con él y le impone silencio con un gesto. Serafín se tapa la cara con el saco y, andando de puntillas, hace mutis por la primera izquierda. Hay risas mal contenidas.*) ¡Vamos a ver! (*Sigue otro instante de silencio.*)

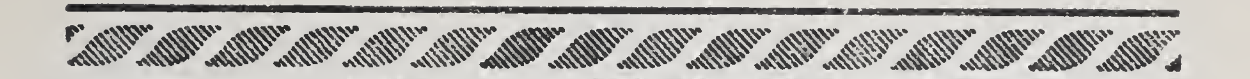
H. CONS.° (*Elevando los ojos a la altura.*) ¡Señor: haz que esta paz que nos rodea se adueñe también de las almas de los que sufren! (*Suena a lo lejos, tocado por un organillo, los "Campanilleros" que suele cantar* La Niña de la Puebla. *Las muchachas se hacen guiños, se dan con el codo y poco a poco van abandonando la costura para escuchar con*

más atención. La hermana Consuelo, que sigue cosiendo abstraída y olvidada de cuanto le rodea, comienza a cantar en voz muy baja, que poco a poco va subiendo de tono:

En los pueblos de mi Andalucía,
los campanilleros, por la madrugá,
me despiertan con sus campanillas
y con sus cantares me hacen llorar.

Las muchachas se van levantando poco a poco, aproximándose a la hermana y rodeándola. La celadora Cruz, sugestionada también por la dulzura de aquella voz, se convierte en una muchacha más. La hermana Consuelo sigue cantando sin darse cuenta de lo que pasa en torno suyo.)

TELON



ACTO TERCERO

Donde los anteriores.

M. SUPER.ª (*Paseando por el patio con el* PADRE SEBASTIÁN.) Para esta casa ha sido una pérdida irreparable. Y créame usted, padre Sebastián, que por mucho que el hijo trate de imitar las virtudes de su madre siempre echaremos de menos el afecto piadoso de doña Agata.

P. SEBAST. Indudable, indudable. Tengo noticias de que el golpe de esta desgracia ha herido más hondo de lo que se creía al impenitente calavera.

M. SUPER.ª Compréndalo: ¡una madre!...

P. SEBAST. Sí, sí; pero el dolor tiene muchas gradaciones dentro de una misma causa.

M. SUPER.ª ¡Pobre señora! ¡Quién había de decirle hace dos meses que aquella sería su última visita a este lugar por el que tanto se interesó!

M. PETRON.ª (*Por la primera izquierda.*) Los padres de Isabelita Martín se impacientan por la tardanza de la niñita.

M. SUPER.ª Dígales que ahora va. No es tan fácil ajustar al cuerpo los vestidos que no se han vuelto a usar desde hace varios meses. (*La madre Petronila hace mutis por donde vino.*)

P. SEBAST. ¡Para los pobres padres es de tanta emoción un momento como éste! ¡Ahí es nada! Separarse de una hija aturdida y predispuesta al mal y recobrarla llena de sensatez. (*Viendo asomar por el claustro a la* HERMANA CONSUELO, *que acompaña a* ISABEL.) Ya la tenemos ahí. (*Isabelita, que viene en plan de marcha, trae puesto un vestido que*

le está excesivamente ancho y que ha procurado adaptarse al cuerpo a fuerza de imperdibles. Viene muy contenta.)

H. CONS.º A la pobre le ha costado mucho trabajo vestirse. Le sobra tela como en cualquier liquidación.

ISABEL, ¡Ay, qué bien, qué alegría! Setenta y sei pesaba cuando entré y no encontraba forma de adelgasá. Como engorde otra ve, aquí me vengo.

M. SUPER.ª Lo que has de procurar es no dar motivos para volver.

ISABEL. Sí, sí, madre Superiora; se lo prometo. (*Admirándose.*) ¡Ay, qué línea! ¡Ay, qué línea!

H. CONS.º La de tu pueblo es la que te tiene que preocupar.

P. SEBAST. Y la de la buena conducta.

ISABEL. Padre, que una servidora está muy cambiada. Por eso me sacan. ¿No me he portado bien mientra he estado aquí?

H. CONS.º Es cierto: aquí parece que te has curado de la coquetería. Procura no recaer cuando pises la calle.

M. SUPER.ª Y anda, que están tus padres esperando.

ISABEL. Ahora mismo, madre. Es que me da así algo de pena. ¿Usté comprende? ¡Parese mentira, con las rabieta que he cogido aquí!

M. SUPER.ª ¡Anda, anda!

ISABEL. Ea, pue... ¡Muchas grasia por todo, madre! (*Le besa la cruz del rosario.*)

M. SUPER.ª Reza mucho para que Dios te proteja.

ISABEL. (*A la hermana Consuelo.*) ¿No la voy a ve a usté más?

H. CONS.º Creo que no te conviene.

ISABEL. Si digo fuera de aquí. (*Enterneciéndose.*) Le he tomado a usté cariño, usté me dispense. ¡Ha sido tan buena para mí! (*Le besa la cruz.*) A usté no la olvidaré yo nunca. ¡He aprendido tantas cosa de usté! ¡Y en verso, que se quedan más grabadas!

H. CONS.º Si mi recuerdo puede servirte para algo, que sea para huir de los malos pensamientos.

P. SEBAST. Anda; te acompaño, que voy a saludar a tus padres.

ISABEL. ¿Puedo escribirle?

H. CONS.º Sí, hija mía.

ISABEL. Ea, pues con Dio. Cuando yegue a mi casa les mandaré piñone y unas tortas muy rica que se

hasen en mi pueblo. ¡Josú, qué bien respiro ahora! ¡Voy más ancha!

H. CONS.º Se comprende.

ISABEL. (*Guiñándole picaresca al padre Sebastián.*) ¿Vamos?

H. CONS.º ¡Pero hija! ¿Todavía guiñas?

P. SEBAST. ¡Y a mí!

ISABEL. ¡Ay, qué distrasión! En este ojo me pongo yo un parche. (*Por el fondo del claustro, con el mayor sigilo, asoman* PEPA, ISIDORA, ESPERANZA *y* REYES, *que dicen adiós con la mano a Isabel; ésta les responde con disimulo, pero la Madre Superiora se da cuenta, y al mirar hacia el claustro el grupo desaparece. Mientras Isabelita hace mutis por la primera izquierda acompañada del padre Sebastián.*)

M. SUPER.ª Cómo está Amparo?

H. CONS.º Hoy ya la ha autorizado el médico para pasear fuera de la enfermería.

M. SUPER.ª Es extraño: por tres veces me han preguntado cómo seguía sin querer dar el nombre la persona que por ella se interesa.

SEÑÓ JUAN. (*Por la izquierda.*) ¿Dan su lisensia?

M. SUPER.ª Pasa, Juan.

SEÑÓ JUAN. Buenos día nos dé Dio.

H. CONS.º Buenos días.

M. SUPER.ª ¿Cómo es eso que asomas hoy por aquí sin que sea preciso llamarte diez veces?

SEÑÓ JUAN. Es que vengo a desí que..., que busquen otro hortelano, porque yo me voy.

M. SUPER.ª ¡Qué locura!

H. CONS.º Veo que has hecho poco caso de mis consejos.

SEÑÓ JUAN. Es muy fasi aconsejá cuando no se está dentro del espíritu de uno.

M. SUPER.ª ¿Y adónde vas a ir?

SEÑÓ JUAN. A Málaga. He buscao ayí trabajo por lo pronto. Luego no sé si me quedaré ayí o me iré más lejo. Er mundo me parese chico.

M. SUPER.ª (*Dirigiéndose a la izquierda.*) Piénsalo, piénsalo. Yo no admito por ahora tu renuncia. (*Hace mutis.*)

SEÑÓ JUAN. Es lo mismo. Si pasao mañana no hay otro hortelano, Serafín se queará a cargo de to.

H. CONS.º ¡Tozudez! No escarmientas. Juan. Por tozudez sufrirás muchas contrariedades en la vida.

SEÑÓ JUAN. ¿Pero es que usté cree que yo pueo seguí aquí?

H. CONS.° No veo el motivo que te obligue a marchar. ¿Es que quieres que tu hija piense que se ha quedado sola en el mundo?

SEÑÓ JUAN. Y sola se ha quedao, porque pa mí murió.

H. CONS.° Mira, Juan: los padres calderonianos hace ya mucho tiempo que pasaron a la historia. Si algo ha progresado la humanidad espiritualmente ha sido en la comprensión de sus propias debilidades. Nadie debe decir eso no tiene perdón, porque todo lo tiene.

SEÑÓ JUAN. Yo no pueo seguí ya en esa casa en donde se han cobijao treinta años de mi vía; me pesa sobre los hombro, me aplasta. Hágame usté caso, hermana Consuelo: busquen ustede otro hortelano. (*Se dirige a la primera izquierda lentamente, con aspecto de hombre vencido por la desgracia. Al hacer mutis aparece por la segunda* ROSARITO, *que viste el uniforme de corrigenda. Va acompañada de* JACINTA, *y entre las dos llevan una canasta con ropa recién* colada. *Al ver a su padre apresura el paso tirando de la carga y de la compañera. El señor Juan no la ve. Ellas desaparecen por el claustro. La hermana Consuelo mira a una y a otro y mueve con pesadumbre la cabeza.*)

P. SEBAST. (*Por donde se fué.*) ¡Va loca de contento! Saltando y brincando como una ternerilla a la que se le da suelta en la pradera. ¡Qué pena da verlas entrar y qué alegría salir! (*Reparando en la actitud de la hermana Consuelo y en tono humorístico.*) ¿Qué es eso, hermana Sevilla? ¿Estamos en la hora de las reflexiones tristes?

H. CONS.° No...; digo, sí; iba a mentirle sin darme cuenta. Pero pasará pronto.

P. SEBAST. ¡Qué duda cabe!

H. CONS.° Afortunadamente, yo suelo vencer estos instantes. No hay nada más absurdo que una religiosa con cara triste queriendo consolar al prójimo.

P. SEBAST. (*Sonriendo.*) Absurdo por completo.

H. CONS.° Es seguir la misma escuela de aquel personaje del chascarrillo: Conque agonizando, ¿eh?

P. SEBAST. (*Riendo.*) Eso, eso. Así me gusta verla de animada.

H. CONS.° Somos médicos del espíritu, y, como los del cuerpo, debemos ser alegres. El médico que viene aho-

ra aquí es una cosa seria, demasiado seria. ¿Se ha fijado, padre? Entra diciendo (*Con acento muy triste.*) "no tiene usted nada" y parece que dice "lo tiene usted todo". ¡Ay, Dios mío! ¡Ya he caído en pecado de murmuración!

P. SEBAST. (*Que no cesa de reír.*) Yo la absuelvo, yo la absuelvo. ¿Y qué más?

H. CONS.° No me tire usted de la lengua, que me animo y luego tienen que reprenderme. Esta mañana me sorprendió la madre superiora contándoles un chascarrillo a las muchachas y me ha advertido que me va a destituir del cargo si no me enmiendo.

P. SEBAST. ¿Y quién va a entender a las chicas mejor que usted? Nada. Usted es el alma de esto. ¿Cómo era ese chascarrillo?

H. CONS.° Ay, padre. ¿No será desobediencia?

P. SEBAST. ¿Le ha prohibido que me lo cuente a mí?

H. CONS.° No.

P. SEBAST. Pues entonces...

H. CONS.° Nada, si es una simpleza. Verá usted: Heredó una fotografía un pobrecito cateto con la condición de que tenía que seguir ejerciendo de fotógrafo como su difundo pariente.

P. SEBAST. Ganas de fastidiar.

H. CONS.° El hombre vino a Sevilla a hacerse cargo de la herencia, y algunas personas bondadosas quisieron ilustrarle sobre la profesión, pero él no admitió consejos: "Yo entiendo de esto más que *naide*. ¡Digo, si hase veinte año me hise yo un retrato de dos cuerpo entero!" "¿De dos cuerpos?" "Sí, señó; porque me retraté de sordao y sacaron er cuerpo de cabayería y er mío."

P. SEBAST. (*Riendo.*) Los hay más brutos de lo que yo pensaba.

H. CONS.° Le dejaron por imposible, y el hombre comenzó a actuar. Llegó una señora para hacerse un retrato y no quiera usted saber cómo la mareó. "Ponga usté este braso así; mire usté pa la derecha con este ojo y pa la izquierda con éste..." Cuando ya estuvo a su gusto metió la cabeza debajo del paño de la máquina, y al ratito volvió a descubrirse, muy enfadado: "A usté no hay quien la puea retratá." "¿Por qué?", preguntó extrañada la señora. "Porque yo la coloco a usté

como los ángele y usté se empeña en ponerse con la cabesa pa abajo y los pies pa arriba." (*Dirigiéndose a la izquierda.*) Y nada más, padre, que estoy cayendo en falta.

P. SEBAST. (*Siguiéndola sin dejar de reírse.*) Este se lo cuento yo al arzobispo. (*Sale* MARÍA DE LA O *por el fondo del claustro. Viene convaleciente de una enfermedad. Avanza con paso cansino hacia uno de los bancos y se deja caer en él. Suena a poco una llave en la cerradura de la puerta de la tapia. Se abre aquélla con sigilo y entra* SERAFÍN.)

SERAFÍN. (*Mirando con temor a uno y otro lado.*) ¿Está usté sola?

M. DE LA O. Sí; pero no se fíe.

SERAFÍN. La estoy asechando a usté desde hase dos día. Yo he sabío que estaba usté ya bien. Toas las tarde le pregunto ar médico cuando sale de aquí.

M. DE LA O. Grasia.

SERAFÍN. Leí el úrtimo papé que me echó usté por la ventana ante de caé mala. Es desí, me lo leyó un paizano mío, porque yo la letra inglesa no la entiendo.

M. DE LA O. (*Que observa a un lado y otro con inquietud.*) ¡Cuidao! (*Serafín desaparece rápidamente por la puerta, y ésta queda encajada, a tiempo que por el fondo del claustro sale la* CELADORA CRUZ, *quien cruza el patio mirando de soslayo a María de la O, y hace mutis por el fondo izquierda. Pasado el peligro, María de la O tose de modo significativo.*)

SERAFÍN. (*Por donde antes y con el mismo cuidado.*) ¿Pasó er guarda?

M. DE LA O. Sí.

SERAFÍN. Bueno. A lo que iba. Yo quiero que sepa usté que, aunque me esté mal er desirlo, tengo un corasón como pa ponerle sintita de colore.

M. DE LA O. Es usté muy bueno.

SERAFÍN. Pero estoy hecho al revés: este (*corasón*) debía está aquí (*en la cara*) y esta escondía. En fin; que a mí me ha quitao er sueño lo poco que hemo hablao, y usté no sigue aquí enserrá aunque yo me juegue er pan y hasta er café der desayuno. Ahora soy el amo de la huerta. Zeñó Juan lo ha dejao to en mis mano. Ya ve usté que tengo una

yave de aquí. También tengo la de ayá..., y sea lo que Dios quiera.

M. DE LA O. Grasia, Serafín; que Dio se lo pague, pero no me quieo escapá.

SERAFÍN. ¿Cómo? ¿Que no?

M. DE LA O. He cambiao de idea.

SERAFÍN. ¿Pero entonse eso que me desía usté de que si yo tenía sentraña?... ¡Huy, huy, huy! ¡Usté no está en sus cabale! ¡Usté ha pazao la *ermeningiti!*

M. DE LA O. Lo he pensao mejó. Dispénseme usté er trabajo que se ha tomao por mi curpa.

SERAFÍN. Er trabajo es lo de meno. ¿Es que no se fía usté de mí?

M. DE LA O. ¡Qué disparate!

SERAFÍN. Yo no he abusao nunca de ninguna mujé. Es que yo había hecho mis plane y... ¡Pajoleras ilusione! Yo le iba a desí que se viniera usté a mi pueblo, a casa de mis padre. Ayí iba usté a tené tranquiliá y cariño; una hija, una hermaniya má. Si he escrito y to. Yo lo ganaría aquí pa usté y usté en mi casa besaría a mi madre por mí. Lo naturá: usté alegraba nuestra pobresa y nozotro la pena de usté. ¿Está ezo mar penzao? (*María de la O le coge la mano y se la oprime con gratitud.*) No tie usté que disculparse; no hay caso; en totá zei reale que me he gastao en una yave que no zirve pa na. ¿Pienza usté está aquí mucho tiempo?

M. DE LA O. No sé.

SERAFÍN. Pue yo también zeguiré aquí si no me echan. No, no vaya usté a penzá que lo hago por..., porque yo me haiga enamorao de usté: yo..., yo tengo espejo. Lo que he querío hasé es por lo que usté dijo, porque tengo zentraña. Ea, me alegro del alivio, Amparo. No se quede usté triste. Anímese usté, mujé, que no ha ocurrío ningún percanse: to sigue como estaba. (*Mostrando la llave.*) Esto, na más que esto: una yave que ya no sirve pa na. (*Hace mutis y se le siente cerrar la puerta.*)

H. CONS.° (*Por la izquierda, aproximándose a María de la O, que, ensimismada, no la ve venir.*) ¿Por qué no te has querido escapar?

M. DE LA O. ¡Hermana! ¿Estaba usté oyendo?...

H. CONS.° Oyendo y esperando tu decisión. ¿Por qué has

rechazado la libertad que te brindan? Es porque te sientes aún muy débil, ¿verdad?

M. DE LA O. No; no es por eso.

H. CONS.º ¿Porque temes causar un nuevo dolor a tus padres?

M. DE LA O. Tampoco.

H. CONS.º Entonces...

M. DE LA O. Yo misma no sé desirme por qué. ¿Soy yo María de la O? Me miro y no me conozco. ¿Le he tomao mieo a la vida? ¿Me siento amarrá aquí por un cariño que fuera de mi casa no he podío encontrá? Noches y noche la he tenío a usté ar lao de mi cabesera parpando mi frente, escuchando mi respiración, y yo pensaba, cuando conseguía pensá. ¿Pero es que esto lo puede hasé arguien que no sea una madre?

H. CONS.º La Caridad es madre también.

M. DE LA O. No; no me diga usté que lo ha hecho sólo por caridá; me suena a cosa de obligasión, y yo sufría un desencanto cada ve que le oía desí a mi madre tengo la obligasión de mirá por ti. Cariño... ¿Verdá que lo ha hecho usté por cariño que le salía del arma? ¿O es que no voy a encontrarlo nunca en mi vida? Primero deberes de padre; luego deseos de hombre; Caridá despué... ¿Cuándo va a se cariño puro?

H. CONS.º Tienes razón, Amparo: con ser la Caridad tan grande, no siempre satisface las necesidades del espíritu. Pero ahora es algo más que los deberes de una religiosa y la piedad de un hábito lo que me acerca a ti: es la semejanza de nuestros dolores, la reproducción en tus penas de las mías, ya curadas, aunque yo no tuve que lamentar más que un desengaño que llegó a tiempo de evitar males peores.

M. DE LA O. ¡Hermana!

H. CONS.º Sí, hermanas por el mismo dolor, aunque la vida nos llevara a cada una por lado distinto. La misma fuerza que a ti te arrastró mar adentro a mí me trajo a puerto seguro, y Dios ha hecho que aquí nos encontremos para que halles quien te comprenda como no te ha comprendido nadie, con un cariño de hermana que, en este caso, no nace de la obligación. La mano que se apoyaba en tu

frente era más la de tu hermana Carmen que la de la hermana Consuelo.

M. DE LA O. Deje usté que se las bese.

H. CONS.º La cruz. (*Se la da a besar.*)

M. DE LA O. (*Obedeciendo.*) Esto a Dios. (*Rápidamente.*) Y esto pa usté. (*La abraza y la besa.*)

H. CONS.º Quita, quita, loca. ¿Quieres pasear por la huerta? Te sentará bien.

M. DE LA O. No. Sígame usté hablando. ¡Me animo tanto oyéndola!... Yo quiero también desirle cosas... Diga usté. ¿He estao mucho tiempo sin da cuenta de mí?

H. CONS.º Han sido dos días de verdadero peligro.

M. DE LA O. Sí; yo tengo el recuerdo de argo muy raro; como si hubiera estao viviendo en un mundo aparte. (*Bajando la voz.*) ¿Lo he nombrao?

H. CONS.º ¡Calla! ¿Para qué hablar de eso?

M. DE LA O. Sí; lo he debío nombrá. Tengo idea de que me he traío con eso ¡un trajín, una angustia!... Sí, sí; yo sentía como si me vorviera do: la que he sío y la que voy siendo, María de la O y Amparo. Y Amparo salía de aquí, iba a buscarlo y... (*Recordando y con exaltación creciente.*) Eso; salía porque usté me lo mandaba.

H. CONS.º ¿Yo?

M. DE LA O. Y yegaba a su vera y le desía: Fernando, yo te perdono.

H. CONS.º ¡Jesús!

M. DE LA O. Se lo he dicho dos, tres, sinco vese: "yo te perdono". Ya comprendo que era delirio de la calentura.

H. CONS.º (*Preocupada.*) Es posible que no.

PEPA. (*Por el claustro con una regadera llena de agua.*) ¿Puedo regá aquí, hermana Consuelo?

H. CONS.º Riega. ¿Quién te lo ha mandado?

PEPA. Usté, ahora mismo. Es que si no me agarro a esto, ¿sabe usté?, me ponen a lavá. Y mire usté cómo están las flore. ¿No es una pena?

H. CONS.º Bien, bien. (*A María de la O.*) Es hora de que tomes alimento. Ven. (*Se encaminan hacia el claustro.*)

M. DE LA O. ¿Por qué dise usté que es posible que no sea delirio eso que le he contao?

H. CONS.º Porque no siempre hay que mirar a ras de tierra. (*Hacen mutis.*)

PEPA. (*Cantando al mismo tiempo que riega los arriates.*)

Manolo, Manolo Reye,
a esa mujé pronto orvía.
Manolo, Manolo Reye...

(*Cayendo en la cuenta.*) ¡Ay, que me van a oí! Cantaremo en sine mudo. (*Sigue cantando tan bajito que no se la oye, pero mueve los labios y acciona olvidada de todo. Luego se queda un momento pensativa.*) ¡Ay, si este fuera er jardín de mi palasio! ¡Yo, con un pijama de cola, seguía de tres criao negro... Venga, venga usté por aquí, condesa, que se va usté a queá bisca. Miste que rozale me ha mandao der Polo Norte er barón de Chicago. ¿Pue y estos fulipane? ¡Ay, condesa: ayé la vi a usté en las carrera y la armiré. (*Reflexionando.*) ¿Estará bien dicho armiré? Sí. ¡Qué maja, qué maja iba usté a cabayo! (*Casi enfrentándose con la puertecilla de la huerta.*) ¡Hombre, otra vizita! ¿Cómo está usté, duque?

SERAFÍN. (*Por dicho lado.*) Bien, ¿y usté, marqueza?

PEPA. ¡Ay! ¿Cómo entra usté por ahí?

SERAF N. ¿No zoy vizita de palasio?

PEPA. ¿Quién le ha dao a usté esa yave, de dónde la ha sacao usté? ¿Cómo le permiten esto?

SERAFÍN. Creo que nos hemo tratao muy poco pa que yo le cuente a usté mi vía.

PEPA. ¡Qué fino! Estaba usté mejó ante, cuando se vorvía de esparda.

SERAFÍN. En cambio usté está bien por las dos fachá. ¿Por qué la han enserrao a usté aquí? ¿Por er barón?

PEPA. ¿A usté qué le importa? Haga usté er favó de irse, que me está comprometiendo.

SERAFÍN. Digo yo que con que se fuera usté sería lo mismo. Pero no, que usté se va a chivá y yo vengo a que nos entendamo. ¿Quie usté mirá por ahí? (*Le indica la derecha mientras él mira por la izquierda.*)

PEPA. Ahora están en clase. Pero a lo mejó pasa una seladora, y ¡baticú!

SERAFÍN. Pue ante que nos batuqueen vamo a entenderno a prieza: yo nesesito hablá con Amparo.

PEPA. ¿Usté?

SERAFÍN. Y usté se lo va a desí.

PEPA. ¿Yo?

SERAFÍN. Que a ve cómo pue vení ar patio esta noche.

PEPA. ¡Ca!

SERAFÍN. Y en pago de este favó yo la vi a dejá a usté que se escape.

PEPA. Mentira

SERAFÍN. Verdá. Yo tengo también la yave de la otra puerta. Hablo con Amparito y la pongo a usté en la esquina, en donde hay toas las noche catorse prínsipe aguardándola.

PEPA. ¡Ay, qué tentasione!

SERAFÍN. Eso usté ayá.

PEPA. Si es mentira, si es que me está usté probando pa i luego con er cuento.

SERAFÍN. ¿Quie usté cayá? Míreme usté a la cara. Yo no engaño a nadie.

PEPA. Me farta er való.

SERAFÍN. ¿Pa escaparse?

PEPA. Pa mirarlo a la cara.

SERAFÍN. Si usté me ayuda sale de aquí esta misma noche.

PEPA. ¿Y no podíamo escaparno toda?

SERAFÍN. Se va a notá mucho en Seviya. Yo me conformo con perdé er jorná, pero no quiero i a la carse.

SEÑÓ JUAN. (*Por la puerta de la huerta.*) Pue a la carse vas a i, hombre.

SERAFÍN. ¡Jozú!

SEÑÓ JUAN. Y tú a la serda de castigo, por buena.

PEPA. A mí no me meta usté en na. Yo estaba aquí convensiendo a este hombre de que siga er camino de la virtú pa que Dio le abra las puerta der sielo.

SEÑÓ JUAN. Sí, y pa que él te abra a ti la de la güerta.

PEPA. (*Muy apurada y dirigiéndose a la izquierda.*) No me levante usté calurnia, que yo no me quiero i de aquí aunque me echen. Aquí se está muy bien; si esto es la gloria. Y usté lo sabe cuando ha metío aquí a su hija. (*Hace mutis.*)

SEÑÓ JUAN. (*Bajo el efecto de las últimas palabras de* PEPA, *queda un momento pensativo. Luego se sobrepone.*) Dame esa yave.

SERAFÍN. ¿Me va usté a dar con eya?

SEÑÓ JUAN. Yo creí que tú eras un hombre formá y no un sinvergonsón.

SERAFÍN. Home, yo no tengo la curpa de que a mí me dé lástima de estas desgrasiá.

SEÑÓ JUAN. La que está aquí es por su bien y porque lo tiè meresío.

SERAFÍN. Bueno; pero un pazeíto de ve en cuando no les vendrá mal. Que zon criatura, zeñó. Y argunas no han cometío más pecao que er de irse a da una güerta con er novio, sin malisia, vamo. ¡Pero hay ca padre!...

SEÑÓ JUAN. ¡Caya!

SERAFÍN. Que debía está también enserrao.

SEÑÓ JUAN. ¡Caya o te sacudo!

SERAFÍN. Que va usté a yená esto de porvo.

SEÑÓ JUAN. Mira: lo que tú has hecho... (*Viendo salir por el claustro a la* HERMANA CONSUELO *con* ROSARITO.) Vamo a seguí hablando en la güerta.

SERAFÍN. Pero sin sacudí, ¡eh! Que yo no tengo más terno que éste. (*Hacen mutis por el fondo dejando la puerta encajada.*)

ROSARITO. ¿Ve usté? Yo ya no tengo padre.

H. CONS.° ¿Qué sabes tú lo que pasa por él? Te quiere más que nunca. Como tú no te mereces. ¡Porque lo que has hecho!...

ROSARITO. ¿Cómo se lo diría yo pa que usté me creyera? Mire usté, hermana: yo le juro que no había hecho más que alejarme un poco de mi casa y ya estaba arrepentía. Fué un acaloro. Los padre no debían pegá.

H. CONS.° Ni las hijas desobedecer. Cuéntame. ¿Qué hiciste luego?

ROSARITO. Mi novio quería traerme; estaba más asustao que yo. Pero me hise fuerte, y con seis peseta que yo tenía y die reale que tenía é nos metimo en la confitería de "La Campana" y nos hinchamo de merengue.

H. CONS.° ¡Dulce nombre de Jesús!

ROSARITO. Sí, señora: muy dulse. Luego empesé a acordarme de mi padre y a yorá.

H. CONS.° Llorarías merengue, hija mía.

ROSARITO. Y yoré tanto que a ér también se le sartaron las lágrima. Así íbamo por la caye: agarraos de la mano y yorando.

H. CONS.° ¡Os tomarían por tontos!

ROSARITO. Nos preguntó una vieja si estábamo hasiendo una película.

H. CONS.° ¿Y luego?

ROSARITO. Cogimo er tranvía y al anochesé estaba yo en mi casa; y ya oyeron ustede desde aquí los grito.

H. CONS.° ¡Qué aventurita, hija; ni las de Don Quijote!

ROSARITO. ¿Verdá que usté me cree?

H. CONS.° Sí; te conozco y te creo. Y tu padre también va a creerte. (*Empuja la puertecilla de la huerta.*)

ROSARITO. ¡Ay! ¿Qué va usté a hasé?

H. CONS.° No te asustes. (*Llamando.*) Juan, Juan.

ROSARITO. ¡Ay, que da muy fuerte!

H. CONS.° Ven un momento.

SEÑÓ JUAN. (*Por donde se indica, sorprendiéndose desagradablemente al ver a su hija.*) ¿Por qué me yama usté, hermana Consuelo?

H. CONS.° Porque no quiero que tengas sobre tu conciencia la pesadumbre de una injusticia. La falta de Rosarito no es para tanto rigor.

SEÑÓ JUAN. No sé quién e Rosarito.

ROSARITO. Su hija.

SEÑÓ JUAN. No es verdá; tú no ere mi hija.

ROSARITO. Siempre ha dicho usté lo contrario.

H. CONS.° ¡Calla tú! Lo que tu hija ha hecho no pasa de ser una simpleza.

SEÑÓ JUAN. Yo no lo sé.

H. CONS.° Lo sé yo. ¿Entiendes? Lo sé yo. Y tú, en el fondo, también lo sabes.

SEÑÓ JUAN. ¡Hermana Consuelo!...

ROSARITO. Si viviera mi madre, eya me creería. Y no me hubiera tenío aquí dos mese por una juerga tan sosa como la que yo he corrío.

SEÑÓ JUAN. ¡Caya!

H. CONS.° ¿Qué dudas? Yo del corazón de las muchachas creo saber algo. No existe lo que tú temes, Juan. Ya ves que Dios te ha contenido en tu coraje y no ha dejado que pongas entre tu hija y tú más que esta puertecita; un escalón, un paso; así ha sido el pecado de tu hija: un paso fuera de su deber.

SEÑÓ JUAN. ¡Un mal paso!

H. CONS.° O un paseo, como tú quieras: un paseo y unos merengues.

ROSARITO. Y si no lo quiere usté creé pregunte usté en "La Campana", que ha yamao la atensión.

SEÑÓ JUAN. ¡Pue no ha tenío su novio er való de vení a hablarme!

ROSARITO. ¡Ay, qué valiente!

SEÑÓ JUAN. No sé cómo no lo he matao.

H. CONS.º ¡Y quieres más pruebas de la inocencia de esa travesura?

SEÑÓ JUAN. No es prueba que baste.

H. CONS.º Pues mira bien a esta cara. ¿La ves? ¿Tan poco padre te sientes que no sabes leer en sus ojos?

SEÑÓ JUAN. (*Conmovido.*) Déjeme usté.

ROSARITO. (*Obedeciendo a una indicación de la hermana y abrazando al Señó Juan.*) ¡Padre!

SEÑÓ JUAN. ¡Quita! (*Hace como que forcejea.*)

ROSARITO. (*Medio llorando, medio riendo.*) ¡Cuarquiera me quita a mí este abraso!

SEÑÓ JUAN. ¡Rosarito! (*La contempla y la acaricia.*)

H. CONS.º (*Empujándolos, dulcemente, hacia la huerta.*) A casa, a casa. Hay que pisar este escaloncito del perdón. (*Al mismo tiempo que hacen mutis abrazados.*) Y devuélveme el uniforme. ¡La primera corrigenda que se me escapa! (*Saca de su bolsa de trabajo una libretita y un lápiz y escribe con rapidez unas líneas.*)

M. SUPER.ª (*Por la izquierda.*) ¿Qué hace, hermana Consuelo?

H. CONS.º (*Sonriendo.*) Está de Dios, madre, que siempre me ha de coger en falta.

M. SUPER.ª ¿Qué escribía, vamos a ver?

H. CONS.º No tiene importancia, madre: un cantar o algo que quiere serlo.

M. SUPER.ª Oígame. Asunto más grave que el de escribir coplas tenemos que resolver.

H. CONS.º Espero sus órdenes.

M. SUPER.ª Acabo de tener una larga conferencia con don Fernando Aregal.

H. CONS.º ¿Está aquí?

M. SUPER.ª Escuche y no pregunte.

H. CONS.º Perdón.

M. SUPER.ª Don Fernando no sólo no me ha encargado el secreto de cuanto me ha dicho, sino que me ha pedido que sus palabras lleguen a conocimiento de la hermana Consuelo y me ha suplicado autorización para hablarle.

H. CONS.º Pero usted sabe, madre...

M. SUPER.ª Pues cuando yo lo sé y lo permito es porque creo obedecer los designios de Dios. Dígale a esa niña, a Amparo, que venga a verme. (*Hace mutis por primer término de la derecha. Hermana Consuelo,*

tras una reverencia, desaparece por el fondo del mismo lado.)

SERAFÍN. (*Asomando la cabeza por la puerta del fondo.*) ¿Quieren ustede argo pa Bormujo? (*Entrando y elevando la voz.*) ¿Que si quieren ustede argo pa Bormujo? (*Trae puesto el sombrero y un pequeño atillo al brazo.*)

PEPA. (*Por la izquierda y a media voz.*) ¿Lo han despedío a usté?

SERAFÍN. Con la cara y er pelo.

PEPA. Por mi curpa, ¿verdá? ¡Ay, qué remordimiento! No me diga usté que no: si yo he nasío pa se la perdisión de los hombre.

SERAFÍN. Que no, hombre, que no. ¿Pa que va tené usté esa pesaíya? Me han echao por meterme ande no me yaman.

PEPA. ¿Qué yeva usté ahí?

SERAFÍN. Er baú. ¿Qué quie usté que yeve? El ajuá de un pobre; una muda: una camisa y una camiseta.

PEPA. ¿Na más?

SERAFÍN. ¿Hase farta má?

PEPA. ¡Ah! Yo no lo sé. ¿Tiene usté ya colocasión?

SERAFÍN. Me han hablao de una fábrica que van a montá ahora en Zeviya de careta pa gase asfiziante...

PEPA. ¿Y usté entiende esas cosa?

SERAFÍN. Creo que es pa i de modelo.

PEPA. ¿Pero toavía le quedan a usté gana de chufla?

SERAFÍN. ¿Me vi a echá a yorá?

PEPA. No. ¡Pero vaya una ocasión pa tomarlo a broma! Sin trabajo y fuera de su pueblo.

SERAFÍN. No me meta usté mieo que ya tengo bastante.

PEPA. Menos ma que estoy yo aquí pa ayuarle.

SERAFÍN. Sí; menos ma.

PEPA. Que otra cosa no tendré, pero buenas relasione... Cuando yo viví con er conde traté a toíto lo mejó de Seviya.

SERAFÍN. De Córdoba querrá usté desí.

PEPA. ¿Por qué?

SERAFÍN. ¿No era er conde de Cabra?

PEPA. ¡Ay, hijo: peó pa usté si no lo toma en serio! Usté no quie colocarse.

SERAFÍN. ¿Dónde? ¡Venga!

PEPA. ¿Entiende usté de aseituna?

SERAFÍN. Sí. Yo sé donde tiene er güezo.

PEPA. De envasá.

SERAFÍN. También.

PEPA. Pue se yega usté a ve a don José Morale; ya sabe usté, el armasenista der Baratiyo, y le dise que va de parte mía, de la "Bella rená", como me desían por las piele que yo gastaba. ¿Comprende? Na más que eso.

SERAFÍN. Sí, sí. ¿Y dónde da las patá don José Morale?

PEPA. A paseo, hijo, a paseo. Que lo coloque el arcarde. (*Mirando por el primer término de la izquierda.*) ¡Josú! (*Haciendo mutis, rápidamente, por la segunda del mismo lado.*) ¡Agua!

SERAFÍN. (*Sin inquietarse.*) ¡A mí, ya!...

DON FER.º (*Por donde se indica, acompañado de la* MADRE PETRONILA.) No se moleste más. Esperaré aquí.

M. PETRON.ª Salvo su opinión, creo que estaba más cómodo en el despacho de la superiora.

DON FER.º Los nervios no me permiten estar sentado tanto tiempo. Llevo allí más de dos horas.

M. PETRON.ª Como quiera. (*A Serafín.*) ¿Qué hace usted aquí?

SERAFÍN. Despidiéndome.

M. PETRON.ª ¿Adónde va usted?

SERAFÍN. A yevá un recao de la "Beya rená".

M. PETRON.ª No le entiendo, hijito. ¿Quién ha abierto esa puerta? La hermana Consuelo me devolvió la llave. (*Cerrándola.*) ¿Quién ha podido abrir?

SERAFÍN. Argún duende.

M. PETRON.ª No se descubra, hijito; no se descubra que se puede constipar.

SERAFÍN. Mucha grasia.

M. PETRON.ª Usted me parece que no se va a hacer aquí muy viejo.

SERAFÍN. Es verdá: aquí no cumplo yo los ochenta.

M. PETRON.ª Vaya, que estoy faltando a mi obligación.

DON FER.º Por mí no se entretenga.

SERAFÍN. Por mí tampoco.

M. PETRON.ª (*Iniciando mutis por la primera izquierda.*) Usted estaría mejor en un cortijo.

SERAFÍN. No se enfade, madre P.

M. PETRON.ª ¡Vaya: otro que se alimenta de letras! (*Hace mutis.*)

SERAFÍN. Usté... Usté e er de aquer día, ¿no?

DON FER.º El mismo. Y usted es el mozo del hortelano.

SERAFÍN. No, señó.

DON FER.º ¿Que no?

SERAFÍN. Lo era, pero me han echao. Me ve usté aquí por-

que hasta que no me despida de toas las der convento no me voy. Uno será incurto, pero educasión no farta.

DON FER.° ¿Y por qué le han echado?

SERAFÍN. ¿Quiè usté que se lo diga? Por tené lao izquierdo. Me dió lástima de una mosita que hay aquí...; una claveyina, créame usté.

DON FER.° Sí; creo que hay algunas muy guapas en este convento.

SERAFÍN. La mayoría. Yo lo sé bien, que aunque no miraba, porque me tenía que gorvé de esparda cuando pasaban eyas, úrtimamente me busqué un espejito, y poniéndolo asín; ¿usté me entiende? Presiosa son arguna, ¡pero como Amparo!...

DON FER.° ¿Amparo? ¿Es ese su nombre?

SERAFÍN. Er de aquí. Fuera creo que se yamaba María de la O.

DON FER.° ¿Y qué? ¿Qué le ha ocurrido con ella?

SERAFÍN. Na; que un día pasamo rosando y me dijo unas palabriya; otra ve me hiso una señá; otra me echó un papé escrito a la güerta; en totá...

DON FER.° Que se ha enamorado de usted.

SERAFÍN. No, señó: que quería escaparse.

DON FER.° ¡Ah! ¿Y usted...?

SERAFÍN. Me lo jugué to por eya.

DON FER.° Eso hace un hombre.

SERAFÍN. Sí, señó; pero cuando ya lo tenía to arreglao me sale con que no se marcha. ¿Usté entiende esto?

DON FER.° No.

SERAFÍN. Como otra mujé güerva a desirme que se quie escapá, la amarro.

DON FER.° ¡No ha querido!

SERAFÍN. Como se lo cuento. Aquí el único que ze va a la caye es mangue, sin una perra y zin empleo.

DON FER.° ¿Tiene usted algo a la vista?

SERAFÍN. Irritasión. ¿Qué vi a tené yo en Zeviya zi no conosco a naide? Ha querío recomendarme una chalá, pero no estoy pa empujone.

DON FER.° Haga por verme esta tarde cuando yo salga de aquí.

SERAFÍN. ¡Ole! ¿Me deja usté que le dé un viva?

DON FER.° Aquí no se puede gritar.

SERAFÍN. 'Tie usté rasón. Hasta luego. Voy a la cosina a despedirme de las que estén ayí. Ya sabía yo que usté tenía cara de hombre pudiente y con

vergüensa. ¡Lo que yo le agradesco no tenerme que i a mi pueblo andando!

DON FER.° Nada, hombre: no merece la pena.

SERAFÍN. ¿Cómo que no? Er viva se lo doy yo a usté. ¿Cómo me dijo usté que se yamaba?

DON FER.° Fernando.

SERAFÍN. Con er don delante, ¿verdá? Pue (*Dice por señas y alzando mucho los brazos* ¡*Viva don Fernando!* *y hace mutis por último término de la derecha a tiempo que sale la* HERMANA CONSUELO *por el primero de dicho lado.*)

DON FER.° (*Adelantándose a su encuentro.*) Perdón, hermana, si la molesto con mi presencia.

H. CONS.° La madre superiora me ha ordenado que le escuche.

DON FER.° Accediendo a mis ruegos.

H. CONS.° Y yo le escucho, señor.

DON FER.° Mucho ha cambiado para mí la vida desde la última vez que nos vimos en este mismo patio. La muerte de mi madre me ha hecho pensar y sentir como si me hubiera transformado en otro hombre.

H. CONS.° Dios la tenga en su santa gloria.

DON FER.° En este mismo lugar me dijo usted, hace algún tiempo, palabras que no cayeron en el vacío.

H. CONS.° No me atreví yo entonces a mantener esa esperanza.

DON FER.° Yo hubiera borrado aquellas palabras de mi memoria como he hecho tantas veces con todo lo que ha podido preocuparme. Ya ve que soy sincero. Pero en esta ocasión, no sé si por mi estado de ánimo... No sé. No he podido apartarlas de mí, y las oigo día y noche como una pesadilla. ¿Recuerda? "¿Cómo habla usted de felicidad mientras vive llorando María de la O?"

H. CONS.° ¡Eso!

DON FER.° Será ridículo. Tal vez en esto no haya más que un desequilibrio nervioso tras los dias pasados de temores y sufrimientos, pero...

H. CONS.° Siga, siga.

DON FER.° No puedo vivir así.

H. CONS.° ¿No puede?

DON FER.° Vuelvo a decir que esto es ridículo.

H. CONS.° Quizás no lo sea.

DON FER.° Me voy sintiendo crédulo hasta la superstición.

como una mujer ignorante, como un niño. (*Ríe.*) Ahora aquí, al aire, a la luz del sol, me avergüenzo de mi debilidad. ¡Qué absurdo! No me haga caso.

H. CONS.ª ¿Por qué?

DON FER.º No quiero que usted misma se ría de mí.

H. CONS.ª No. Recuerde usted que yo no suelo reír con lo que usted ríe. ¿No ha venido para hablarme?

DON FER.º Y para algo más. Anoche me hice esos propósitos. ¿Comprende? Anoche oí otra vez...

H. CONS. Mis palabras como una acusación.

DON FER.º No. Sus palabras suenan en el recuerdo. Las oigo porque pienso en ellas y pienso sin querer. Pero... claramente, fuera del sueño, con el acento de su propia voz...

H. CONS.ª ¿Qué?

DON FER.º Como nos estamos oyendo aquí ahora mismo he oído más de una noche a María de la O decirme desde muy cerca: "¡Fernando: yo te perdono!"

H. CONS.ª ¡Sí!

DON FER.º Alucinación, ¿verdad? Pero... ¿Qué piensa usted?

H. CONS.ª Que Dios fué siempre misericordioso con los Mañaras.

DON FER.º Yo no soy de los Mañaras.

H. CONS.ª Aregal o Mañara, ¿qué más da?

DON FER.º Dejemos el pasado puesto que vengo con el mejor de los propósitos.

H. CONS.ª El de tranquilizar su conciencia.

DON FER.º El de reparar un daño.

H. CONS.ª Viene usted a casarse con María de la O.

DON FER.º Sí.

H. CONS.ª ¿Por cariño? ¿Por arrepentimiento? No. Por no seguir escuchando en su oído esa voz que le atormenta. Porque ya salieron sus primeras canas, y tuvo su gran dolor en la vida, y comenzó a sentirse menos fuerte, y a pensar en que es posible que haya Dios, y a desear sus noches tranquilas, y a necesitar saberse bueno en algo para acallar la conciencia. ¿Y a ella? ¿Qué le espera a María de la O, esposa de don Fernando, no por cariño, ni siquiera por arrepentimiento?

DON FER.º Yo he deshecho con este motivo un proyecto de boda que era voluntad de mi madre. ¿Es que no aprueba usted esta decisión?

H. CONS.ª Me parece insuficiente; usted le debe a María de

la O algo más que un nombre: le debe un cariño y una felicidad.

DON FER.° Recuerde usted, hermana, que aun no hace dos meses me pedía aquí, de rodillas, lo que yo vengo ahora a ofrecer.

H. CONS.° Es que entonces lo que yo hubiera logrado lo hubiera usted hecho por ella, y ahora lo ofrece por egoísmo, por miedo.

DON FER.° Usted es la única que pone reparos a una cosa tan justa.

M. DE LA O. (*Por el claustro, acompañada de la* MADRE SUPERIORA.) ¡Y yo!

DON FER.° ¿Tú?

M. SUPER.ª Me he creído en el deber de traerla porque, tratándose de la expresión de su voluntad, debe usted oírla, como yo la acabo de oír.

M. DE LA O. No sé si vorveré a salí de esta casa, pero no quiero que sea usted quien me saque de eya.

H. CONS.° Piensa lo que dices, María de la O.

M. DE LA O. Bien pensao está. Mientras he yorao de rabia y de pena, lo he querío. (*A la hermana Consuelo.*) Luego que usté me enseñó a perdoná, he ido aprendiendo a orvidá también.

M. SUPER.ª Mira lo que rechazas: tu nombre, tu bienestar... Estamos en el deber de aconsejarte.

H. CONS.° De aconsejarte que te dejes guiar por lo que el corazón te diga, porque sólo Dios sabe en dónde está tu bien.

M. DE LA O. Yo salí de mi casa buscando un cariño y lo he encontrado aquí. En poco más de un año he pasao por toas las pena der mundo: el engaño de un hombre, er desprecio de la gente, er mar trato de mucho... Ya es bastante pa que una mujé se cambie en otra.

DON FER.° Yo vengo a remediar el mal que te hice.

M. DE LA O. No hase farta. Yo no pueo viví a la vera de quien no quiero.

DON FER.° ¡María de la O!

M. DE LA O. ¡Fernando: yo te perdono! (*Se apoya en el brazo de la hermana Consuelo y ambas se dirigen al claustro.*)

DON FER.° (*Queriendo seguirlas.*) ¡Hermana!

H. CONS.° ¡Ha hablado como habló Carmen!

SERAFÍN. (*Por el fondo derecha.*) Ea, que me voy. Condio,

hermana, madre y hija. (*A* DON FERNANDO.) ¿Usté tie argo que hasé aquí?

DON FER.º Nada.

SERAFÍN. Pue vámono junto.

H. CONS.º Una súplica, con su permiso, madre. (*A don Fernando.*) Por su bien y por el nuestro, no vuelva usted a venir más por la casa del olvido.

TELON

Obras de Luis F. de Sevilla

El número 13, juguete cómico en un acto. (En colaboración.)
Modus vivendi, juguete cómico en un acto. (En colaboración.)
El mago prodigioso, juguete cómico en un acto. (En colaboración.)
Reloj, barómetro y fonógrafo, juguete cómico en un acto. (En colaboración.)
Cerote y compañía, juguete cómico en un acto.
Los noviazgos, juguete cómico en un acto. (En colaboración.)
La samaritana, comedia en tres actos. (En colaboración.)
El genio del león, humorada lírica en un acto. (En colaboración.) Música de Rafael Millán.
El nuevo presidente, fantasía lírica en un acto. (En colaboración.) Música del maestro Faixá.
La mano que atosiga, sainete en un acto. (En colaboración.) Música del maestro Millán (R.).
El país del oro, humorada lírica en un acto. (En colaboración.) Música del maestro Emilio Acevedo.
¡Ya escampa!, entremés. (En colaboración.)
La vaquerita, zarzuela en un acto. (En colaboración.) Música del maestro Rosillo.
Juanilla la perchelera, sainete en un acto. (En colaboración.) Música del maestro Alonso (F.).
Los cigarrales, zarzuela en un acto. (En colaboración.) Música del maestro Eduardo Granados.
Hotel retiro, humorada en un acto. (En colaboración.) Música de los maestros Navarro y Tadeo.
La prisionera, zarzuela en un acto. (En colaboración.) Música de los maestros Serrano y Balaguer.
La serrana, comedia lírica en dos actos. (En colaboración.) Música del maestro Santiago Sabina.
Los peliculeros, comedia en tres actos. (En colaboración.)
La del soto del Parral, zarzuela en dos actos. (En colaboración.) Música de los maestros Soutullo y Vert.
La capitana, zarzuela en dos actos. (En colaboración.) Música de los maestros Cayo Vela y E. Bru.

La mejor del puerto, sainete en dos actos. (En colaboración.) Música del maestro Alonso.
Guzlares, zarzuela en dos actos. (En colaboración.) Música del maestro Morató.
Al dorarse las espigas, zarzuela en dos cuadros y en un acto. (En colaboración.) Música del maestro Balaguer.
El maestro campanillas, entremés lírico. (En colaboración.) Música del maestro Balaguer.
Los chalanes, entremés lírico. (En colaboración.) Música del maestro Morató.
La guitarra, sainete en un acto. (En colaboración.) Música de los maestros Fuentes y Navarro.
Los claveles, sainete en un acto. (En colaboración.) Música del maestro José Serrano.
Los naranjales, zarzuela en un acto. (En colaboración.) Música del maestro Balaguer.
Los marqueses de Matute, comedia en tres actos. (En colaboración.)
Paca la telefonista, o el poder está en la vista, sainete en dos actos. (En colaboración.) Música del maestro E. Daniel.
Lo mejor de Madrid, comedia en tres actos. (En colaboración.)
La ley seca, revista en dos actos. (En colaboración.) Música de los maestros Cayo Vela y Enrique Bru.
¡Esta noche me emborracho!, comedia en tres actos. (En colaboración.)
La cautiva, zarzuela en tres actos. (En colaboración.) Música del maestro Jesús Guridi.
En tierra extraña, zarzuela en dos actos. (En colaboración.) Música del maestro E. Daniel.
Bonita y coqueta, sainete en un acto. Música de los maestros Cayo Vela y José Sama.
Cock-tail de amor, revista en dos actos. Música de los maestros Benlloch y Soriano.
Seis meses y un día, comedia asainetada en tres actos.
Carracuca, comedia asainetada en tres actos y epílogo, en prosa.
La chascarrillera, comedia en tres actos.
El abuelo Curro, comedia en tres actos. (En colaboración.)
Mi querido enemigo, comedia en tres actos.
Las ermitas, comedia en tres actos. (En colaboración.)
Sevilla la mártir, comedia en tres actos.
Madre Alegría, comedia en tres actos y en prosa. (En colaboración.)
Estudiantina, impresiones de un ambiente de juventud, en un prólogo y tres lugares. (En colaboración.)

Precio: 3 pesetas.